

Las dos hermanas.

En notas aparte el autor pone
obstáculos a' su reproducción.

No se debe reimprimir.

Las dos hermanas

Novela

Enchila y publicada en el folletín
de El Español

May y reformada p.^a = resu-
mida -

1

Las dos hermanas

Novela original por don Francisco
Navarro Villoslada

Capítulo ILas fiestas federales.

Los sacudimientos políticos que están
conmoviendo hace medio siglo á la na-
cion española, arrojan al suelo estran-
jero lo mas florido y granado de su

2) ilustrada juventud, como las tempestades
lauran á las cercanas costas la es-
puma de los mares. Merced á estas casi habi-
tuales y periódicas emigraciones, la educacion de
los jovenes se perfecciona con el roce y pulimen-
to de las sociedades cultas, y toman luego á sus
hogares impregnados de ideas nuevas, de re-
tos y profundos conocimientos en cuya epis-
tenia apenas habian sospechado. Merced á
estas emigraciones recorren tal vez el mun-

3)

145/3/1,3

do entero jóvenes que, si hubieran existido cuarenta años atrás, descenderían al sepulcro sin conocer mas sol que el de su patria, especie de plantas parásitas, habrían muerto faltándoles el tronco o muro a' que nacieron apregadas.

Uno de estos jóvenes entusiastas, tan averazado al duro pan de la emigración que por servirle de sustento casi después que

4)

145/3/1,4

sus labios se apartaron de los pechos maternales, había perdido para él alguna parte de su aspereza, era D. Rafael de Valle, caballero andaluz, de gallarda presencia, fisonomía dulce y melancólica, ojos arabes, y de tez un tanto trigueña y ligeramente torrosada. Después de haber recorrido casi todo el Continente americano y mucha parte de Europa, cosa

145/3/1,5
5) extraña! aun no habia visto a' Paris, junto
de partida por lo general de todos los
grandes viajeros. Desembarcado a' Marsella
se dirigia a' aquella corte en el verano de
1827, deteniendose en Lyon con animo
de visitar a' sus anchuras la segunda
capital de la Francia, emporio de la
industria y célebre por los desastres de
que fué victima durante la ~~gran~~ ~~revolucion~~
gran revolucion de 1789, recomendando

145/3/1,6
6) te ademas particularmente al espor
túol por tu decidido bonapartismo, incli
nacion o' flaqueza que ejercio' cierta in
fluencia en los primeros años de tu
vida, como quiera que tu imagina
cion ardiente se inflamase con fa
cilidad al recuerdo de los altos y casi
fabulosos hechos del capitan del siglo.
A la misma fonda en que te hon
pacto' llego' por aquellos dias un joven

7 ingles de gentil afros tura, de caracter abierto y de modales francos, a' la par de nobles y distinguidos

Aprenas te apres' de tu elegante car nage, cuando Rafael, que a' fuer de Inesped curioso, observador y un tan to desocupado, estaba de pecho en la ven tana que caia sobre la puerta principal Reconocio' en el extranjero a Lord Woodstock

8 a' quien habia conocido y tratado con intimidad en Inglaterra durante los diez meses que fre mento' como externo, las aulas de la universidad de Oxford. Saludole afectuosamente su ami go desde la ventana, y en alas de su impa ciencia descendio' precipitadamente hasta el patio donde tuvo la dicha de estrechar entre sus brazos a' su compañosero. Hababa de entrar Lord Woodstock en su mayor edad y en posesion de sus pingues rentas, dirigiese a' Suiza don

9) de la moda atrae Todos los veranos, lo mas
 escogido de la sociedad europea, cuya flor son
 siempre los ingleses; porque ningún país
 como la reina de los mares cuenta tan
 tas familias tradicionalmente ricas y dadas
 á todos los hábitos y pasatiempos que en
 gendra la opulencia y perfecciona el gus
 to adquirido por una educación esmerada.
 Esto desde luego ovalle en tu fisonomía
 franca y jovial de ordinario, cierto tin

10) te de reserva y melancolía, apenas per
 ceptible para otros q^{ue} á los de tu apa
 sionada amistad

— ¿Que tienes child, le dijo cariñosamente Ra
 fael, ¿te ha sucedido alguna desgracia? Advertido
 no se que mudanza extraña en tu semblante, ¿eres
 todavía el bullicioso amigo de los tiempos pa
 sados, ó han transcurrido quiza tantos años des
 de que nos separamos, que te encuentres
 ahora en la edad madura?

— Nada de eso, querido amigo, respondió el

11) ingles. La dicha de haberte encontrado es de
masiado grande, es hasta providencial, y es
pero que disipe esta pequeña nube de tris-
teza que en mi has advertido. Porque en suma
todo ello no es nada. Pongo huyendo de Paris

— ¿Huyendo? ¿?

— Si querido, a' todo escape.

— ¿De alguna persecucion? ¿de algun enrago del
Gobierno.

— Nosotros los emigrados, solo existis conspirand
y solo soñais con persecuciones. Yo, amigo, no

12) conspira ni tengo porque; afortunadamente me
hallo muy bien con la libertad de sin pais, y con
mis 20,000 esterlinas de renta; pero mas que
todos los suplicios mas que las hogueras sin
mas de vuestra inquisicion temo los ojos de
una hermosa que me han puesto en Paris en
peligro inminente de perder esta libertad de
soltero, cuyo goce he comenzado a' sentir este
año por la vez primera.

— ¡Cuanque enamorado! ¿No es mas que eso?

— Lo, perdido de enamorado; ¿te parece po-

lo? proximo estaba á revelar mi flaqueza
 á la que me la inspiró; y en tal apuro, he
 querido Luis, poner tierra de por medio, por
 que en materias de amor las retiradas son
 los mayores triunfos. Voy, amigo mío, á la Suiza,
 pais romantico, pintoresco de sin par, y mag-
 nifica hermosura; y si tu amistad no se ha res-
 friado, si eres el mismo que en los claustros
 de la Universidad de Oxford, cuento con que
 desde instante, ni uno solo te apartaras

13) de mi.

— No necesitas de tan pequeña prueba, te
 juramente para conocer mi constante é
 inalterable afecto, pero los emigrados, aunque
 lejos del suelo que nos vio nacer, tenemos pa-
 tria; en la mia se preparan grandes con-
 temientos; yo debo volar á Paris, centro de
 nuestras operaciones, pues quisiéramos pender de
 estos sucesos el que se nos abran á los liberales
 las puertas de España.

Las razones de Don Rafael de Ovalle
 14) pudieron ser muy buenas, pero las instan-

cias de lord Woodstock fueron tan vivas, tan te-
 ductoras las imágenes con que supo pintarle
 la patria de Guillermo Tell, la cuna, como
 él la llamaba de la libertad europea; tan
 grata se le hizo en pocos días al joven espa-
 ñol la compañía del que con tanta ama-
 bilidad le recordaba los primeros tiempos de
 su juventud, que al fin transigiendo, entre
 su deber y su corazón, resolvió acompañarle
 hasta Ginebra, pensando entrar en Francia
 15) después de haberse detenido algunos días en

la Roma protestante por el Franco Condado,
 provincia que durante un siglo perteneció
 a la monarquía española, y que por lo mis-
 mo no era indiferente conocer a nuestro em-
 grado.

La cómoda y ligera silla de posta de lord
 Woodstock les arrastró en veinte y dos horas de
 Lión a las fronteras de Suiza, atravesaron
 el territorio de Gex, y pasando a vista del
 16) palacio de Steney, célebre residencia de

145/3/1.17

Voltaire, entraron en Ginebra á las seis de la tarde.

El aspecto del magnifico lago de Ginebra, sorprendente aun á los ojos no acostumbrados á encontrar un remedo del mar en medio de un continente rodeado de montañas, ad-
mira y sorprende aun á aquellos que como el viajero español habian admirado las belle-
zas naturales del mismo orden que abun-
dan en nuestras Americas. Figúrense nos

145/3/1.18

las inmensas llanuras de la etancha con-
vertidas de repente en transparentes y azu-
ladas aguas: el pintoresco horizonte de las
desiguales montañas de toled, debe cenir
este paisaje en forma de magnifico an-
fiteatro. Dejemos todavia correr la ima-
ginacion, y probemos las frescas orillas de
Ciudades, de pueblos y caserios, unos esca-
dados entre bosques, otros elevados sobre la
cumbre de las rocas. La playa de la derecha

es el territorio de ~~la~~ ~~desierta~~ Saboya, cubier-
to de selvas magestivas de una vegetación
sombria. Al frente y rompiendo el claro
arbol del firmamento, abran los Alpes su
cresta enaltecida, cubierta de immaculadas
y sempiternas nieves: a la izquierda
cien y cien pequeñas colinas coronadas
de frondosos pámpanos y regalados
racimos forman graciosos escalones, al prime-
ro de los cuales lamén blandamente las
19) tranquilas ^{Dudas} ~~las~~ del lago, mientras se

pierde el ultimo entre las ligeras nieblas
de un dilatado ambiente. Este es el canton
de Vamp, hermoseado con una multitud de
torres, graciosas quintas y bellos edificios, por
su capital Saumur por Vesey henchida de
recuerdos de Rousseau, y de su Julia, por el
castillo de Chillon, cantado por Byron. A
cada paso en las orillas de Sivia la natu-
ralera cambia de aspecto, se descubren nue-
vos confines, nuevos lugares y multitud
20) de quintas, cuyos jardines cubiertos de

elegantes cenadores y de pintados kioscos delei-
tan la vista de los pasajeros que llevados por
buzos de vapor tan grandes y tuntu-
tos como los que surcan las inmensas olas
del Océano, cruzan el lago en todas direc-
ciones; espectáculo sublime que aglomera en
reducido espacio y en breves momentos las
bellezas de la naturaleza, la actividad de
la industria y los refinamientos de la
civilización.

21) Al día siguiente de la llegada

de nuestros viajeros se celebraba en Gene-
bra el tiro federal, función que consiste en
la reunión armada que verifican en uno
de los veinte y dos cantones de la repúbli-
ca los individuos que en cada uno de ellos
componen la sociedad de tiradores. Desde que
a consecuencia de la invención de las ar-
mas de fuego abandonaron los suizos el
uso de las flechas, ha sido práctica nacional

22) entregarse los jóvenes al ejercicio de la

carabina, en cuya praxteria han adquirido tanta destreza, que un solo cuerpo de infantería compuesto de hijos del país y bien colocados en los desfiladeros de las montañas, haría retroceder á ejércitos invasores estrangeros. Todas las semanas se reúnen en los pueblos de su residencia los individuos de la sociedad para entregarse á su diversion favorita; y los más aventajados de cada pueblo concurren todos los años al canton que por turno le corresponde recibir á los confederados, que por

23)

espacio de ocho días hacen ostentacion de su habilidad, animados por la competencia y por el afán de conseguir los premios que se reparten á los que han hecho mejores tiros. Aquella funcion marcial y patriótica á la par proporciona á los dos amigos momentos de agradables emociones, y distrajo algun tanto á uno de ellos de su amoroso pensamiento. El paraje donde se reunian los tiradores se hallaba cubierto de ^{vistas} tiendas de campaña; musicas militares pobla

24)

ban el espacio de andares y estrepitosas armonías, y desde la mañana a la noche se deslizaban suavemente las horas en bullidos bromas, en tumultuosos festines y en todo género de diversiones.

25) Tan seductora muestra de las costumbres e inclinaciones de los suizos, aficionó a' el español a un pueblo tan hondamente adherido a la libertad, idolo de la juventud de aquel tiempo y en cuyas aras habia sacrificado Don Rafael, patria, deudas y amigos.

26) Así fué, que cuando el lord, concluidas las fiestas, le propuso que le acompañase al concierto federal que estaba propiamente a abrirse en Kensington, opuso menos resistencia de la que su amigo esperaba. Fijado el día en que debían salir de Ginebra emprendieron su marcha, acompañados de tres caballeros de Savoye, con quienes habian trabado amistad durante las bromas del tiempo, y atravesando por Verdun

lugar que debe su nombradía en los tiempos
modernos á haber fijado en él su residencia
Pestalozzi, llegaron á este hotel rodeando
el lago de su nombre.

Este canton que hace parte integrante
del territorio de la republica Helvética, ofre
ce la extraña anomalía de tener por
Soberano á un principe absoluto, el Rey
de Omia, cuyo lugarteniente gobier
na el canton legitima y tranquilamen

te auxiliado por un cuerpo compuesto
de las familias nobles del pais. No disfru
ta este hotel de la ^{hermosura} floración ~~y~~ vege
tacion que hermosea las campiñas de
otros cantones, pero la industria de sus
habitantes derrama en el pais la abun
dancia y le coloca en punto á cultura
y adelantos, muy mas alla de Basilea
de Linzbra y otras ciudades principales

28/ de la Suiza.

Reunidos estaban á su

llegada las numerosas cohortes de
dilettantis avidos de escuchar la atronante
 dora armonia del gran concierto. No solo
 de toda Suiza habian concurrido millares
 de familias, sino que los departamentos
 limítrofes de Francia quedaron momen-
 taneamente inmersos de todas sus no-
 tabilidades de provincia, y que ahora
 29 se paseaban ufanas por las calles de

Kunsthotel, y muchos extranjeros, y sobre
 todo ingleses, aumentaban la concurrencia.
 Los hoteles de mas o menos esclarecido
 linaje se encontraban atestados de huéspedes,
 y á duras penas y solo por tener
 parientes en la ciudad uno de los compa-
 ñeros de viage de nuestros amigos, logra-
 ron ellos alojarse en una linda casa situa-
 da á espaldas del alcazar feudal, resi-
 dencia del general Prusiano, y dando en

ta al lago que por aquella parte domi-
na la ciudad.

Al día siguiente tuvo lugar la aper-
tura del concierto que se verificó en un
grandioso local ~~usado~~ edificado al efecto
por la sociedad filarmónico-federal. La
forma del edificio se asemeja a la de
un templo protestante. Hacia el testero
o tribuna continuaba una gran pla-
31/taforma, guardada por una primorosa

barandilla baja, desde la cual y
en forma de anfiteatro se descubría
una multitud de gradas. Entre estas
y la barandilla se hallaban coloca-
dos la orquesta y los profesores, y
cerca de estos se veían asientos que
debían servir para las primeras can-
tantes. El anfiteatro estaba ocupado

por un numerosísimo coro de hermosas doncellas vestidas de blanco: des de sus rubias trenzas coronadas de guirnaldas de rosas y amencenas caían en graciosos pliegues candidos velos de tul, no sabemos si como distintivo de la pureza de sus acentos o' de su virginal edad.

33

¡E! quel inmenso grupo de hermosas

jóvenes venidas allí, no por el afán al lucro sino por el amor al arte, y que delante de sus padres y amigos, accediendo a un llamamiento de la patria, iban a inundar de melodías aquel anchuroso recinto, excitando la sonrisa de su patria el orgullo de sus familias y el aplauso y admiración de los es

34

extrangeros, debia inspirar forzosamente
sentimientos mas elevados que los
que excita la musica de nuestros tea-
tros, hija muchas veces de una vocacion
artística, y las mas de la codicia o de la
miseria.

El espectáculo que se desplegaba delan-
te los ojos de nuestros viajeros hizo llevar
35 la mente a las grandes festividades de los

juegos olímpicos, donde sentimientos puramente
artísticos o religiosos embargaban el animo de
los pueblos de la Grecia: ambas fiestas tenían
el caracter de nacionales, ambas se celebraban
en países que al menos en la forma vivían
bajo las mismas instituciones republicanas.

El concierto duró tres dias con general
aplauso, deleite y contentamiento de la nume-
rosa y distinguida concurrencia. Al por-
36 tico, atraído Don Rafael por el deseo de

ver mejor, por el ansia de contemplar
 de mas cerca y mas individualmente
 aquel deslumbrador conjunto de lindas
 rostros y airosoos talles que se iban sucediendo
 en el anfiteatro, separandose de sus amigos
 y compañeros procuró colocarse cerca de la
 barandilla. Los extraordinarios aplausos que
 escitó una aria cantada por la señorita
 Falconet, hija de un rico banquero de

37

Napoles, llamaron su atencion hacia dos jove
 nes que colocadas en el lado izquierdo y en
 asientos de preferencia arrojaban con entusias
 mo coronas de flores a' los pies de la trium
 fante y arrebatadora cantatriz.

El traje de las dos juvenes daba a' cono
 cer que eran forasteras: su fisonomia delica
 da y expresiva, que eran inglesas y la respe
 tuosa distancia a' que se mantenian cerca

38 de ellas una dueña de edad madura

y grave continente parecia indicar que
eran personas de distincion.

Hay momentos en la vida en que sin
podérnoslo explicar, una voz interior nos dice
que han de tener para nosotros una
influencia eterna. Así le sucedió a' O'valle,
que al fijar los ojos en las dos hermanas
no fué dueño de si mismo, en sus oídos
39 percibieron una nota mas de los dulci-

simos acentos de la napolitana, en sus ojos se
detuvieron un solo instante en las virginales
hermosuras que poblaban el anfiteatro y
que tan cerca de si tenia. No podemos
decir que la belleza de las dos jóvenes le
hubiese chocado porque no las veia tan de
cerca que sus perfecciones pudiesen deslum-
brarle; no fue tampoco una subita cla-
marada amorosa la que en aquel ins-
40 tante sintió: era un fascinamiento sin

nombre, un presentimiento secreto, vago, indefinido y profundo de que entre él y aquellas dos jóvenes había de ocurrir algo de extraordinario

41) No bien sus ojos se fijaron en aquellas niñas, cuando sintió un ligero estremecimiento nervioso; pasó rápidamente por su fantasía esa fatal idea que hemos querido expresar, y aunque su alma fuera su

Oraron recto les ponían al abrigo de todo designio que les fuese ofensivo ni perjudicial, como la paloma arrojada por el milano, ya no fué poderoso para detenerlos los ojos de aquellos ojos que le turbaban.

42) Entretanto las artísticas se sucedían en la escena; los acentos de una orquesta tan perfectamente organizada que parecía moverse al impulso de una sola mano

no, las melodías de un coro de ánge-
les que robaban sus ecos a' las cielos, inun-
daban el ámbito del edificio y hacían saltar la
grimas de gozo y de entusiasmo a' los
circunstantes.

43) Clavada la vista de Rafael en los asien-
tos de las jóvenes desconocidas observó que
estas saludaban familiarmente a una
persona que por estar tan duda colocada

en el mismo lado y a' espaldas del español,
no pudo este verla por mas que hizo. Esta
circunstancia insignificante en otra ocasion,
hizo profundamente Du almer, que este
sintió una sensacion violenta y desagra-
dable, como de celos o envidia, si envidia
hubiese en un pecho tan noble y generoso.

44) Terminada la funcion iba a' dirigirse
en busca de sus amigos, cuando diviso a'

Lord Woodstock que se acercó afectuosamente a saludar a las dos Venontas.

Quedóse parado Rafael sin saber lo que le pasaba, permaneció como estático algunos instantes, al cabo de los cuales su amigo le hizo señas de que se acercara. Rápido como el relámpago atravesó el salón, no sin atropellar a muchos de los concurrentes, y antes que llegase al sitio que ocupaban

aquellas jóvenes, se adelantó su amigo, le tomó la mano, se la apretó fuertemente y en voz baja, casi al oído, entre alborozado y triste, le dijo:

— ¿Es ella, amigo O valle?

— ¿Quién?

— ¡Susana!

— ¿La de París?

— La misma

Y dando dos pasos adelante y sin vol

tar la mano de su amigo, se acercó a las
Señoras y les dijo:

—Tengo el honor de presentar a VV. a mi
amigo y condiscípulo Don Rafael de Ovalle,
el único español que desde la reforma se
ha sentado en los bancos de la universidad
de Oxford.

Capítulo II.

La isla de San Pedro

1
 tal pudiera nuestro inesperto y tímido príncipe
 trazar con rasgos de verdad y valentía los di-
 versos y profundos sentimientos que se ~~ab~~ agol-
 paron al corazón de Rafael: por un lado
 se había puesto en relación con aquellas
 celestiales criaturas que con mágica

influencia le fascinaban cuando pocas
 minutos antes podía razonablemente pen-
 sar que terminado el concierto desapare-
 cerían del magestuoso templo de las ar-
 tes, quizá para no tornar a' tus ojos. Espanta-
 bale la misma facilidad sorprendente con
 que se había hecho tu conocido, confirmándole
 mas y mas en que una fatalidad irresistible
 y ciega le arrastraba a' su lado, para la
 2
 brar su propia desventura, o' la de alguna

de ellas, y quizá, y esto era lo que entón-
ces mas vivamente presumia, para
que la mano de hierro de la desgra-
cia rompiese los vinculos sagrados de
amistad que tan estrechamente con el lord,
le ligaban. Por otro lado, es preciso confesarlo,
la impresion que sintió en su pecho
al aspecto proximo é inmediato de aque-
llas dos jóvenes no correspondía en ma-
3 nera alguna a la profunda commo-
cion

que de lejos le causaron. La realidad,
por grande y gigantesca que sea, nunca
tiene las colosales proporciones de la ilusion.
la naturaleza crea la hermosura y la
sublimidad, pero nuestra imaginacion,
reuniendo en un solo objeto la subli-
midad, toda la hermosura que la na-
turalidad derrama forma un conjunto
4 sobrehumano que por desgracia solo exis-

145/3/1, 49

te en el mundo fantástico pero no en
el mundo material.

Con todas estas antecedentes, el lector
no extrañará que la presentación de Ovalle
no tuviera grande efecto teatral, como
quiera que al español faltase aquel
aplomo imperturbable que en tales ocu-
siones caracteriza a un hombre de
5 mundo: por lo contrario, su turbación, su

145/3/1, 50

avaramiento, sus ojos modestamente cla-
vados en el suelo, su semblante encen-
dido como la grana, revelaban en él más
bien un novicio, un colegial recién salido
del Seminario, que al fogoso patriota
que después de conocer la muchedun-
bre ~~con~~ ^{al} de su voz, había tem-
plado la impetuosidad de sus ideas,
6 pasando y repasando mil veces

el oceano, y respirando años enteros
las nieblas sempiternas de Abiron.

Las Señoras, porque en efecto eran
solteras, recibieron a' Rafael con aque-
lla cortesanía que en tales casas dis-
tingue a' los ingleses, frios, reser-
vados antes de conocer a' una per-
sona; sinceramente afectuosos despues
que un amigo les ha asegurado que

Esta es digna de tu estimacion.

Dalme se inclinó profundamente,
y al querer expresar su reconoci-
miento no hizo mas que articular
con labio balbuciente algunas cortadas
palabras.

Giró luego la conversacion sobre
puntos indiferentes, y entre tanto Rafael
mas animado, pudo levantar los ojos

y aun fijarlos alternativamente en las
 dos hermanas. Desde entonces quise
 cesó ese sentimiento dual, por decir
 lo así, que entrambas le habian inspira-
 do; sus negros ojos se detensian ^{mas} com-
 cer en una que en la otra; sus sen-
 timientos tenían ya nombre; habian sali-
 do del círculo magico que le apror-
 9, tiaba, pero su corazón no era

libre y como el desdichado a quien
 cautivaban en el Mediterráneo los
 intrepidos y veleros bergantines argeli-
 nos recibia algun solar cuando vendido
 en el bazar pasaba al poder de un
 solo amo, dejando de tener tantos como
 desalmados berberiscos iban en el ber-
 gatin pirata; así el ya enamorado
 10/ galán creyo su muerte menos dura,

cuando fuera del misterioso influjo de las
dos hermanas cargo con las fuertes cade-
nas que la hermosura de la otra le
impuso.

Los jóvenes eran dos: lord Woodstock amaba
a una de ellas; su amigo al parecer en-
tina tambien se habia fijado; eran ambos
de un mismo gusto? Los intimos amigos
se habrian convertido en rivales?

11) Los comedidos y respetuosos pala-

bras de lord Woodstock, aunque siem-
pre jovial y ameno, no descubrían el se-
creto de su predileccion: la conversacion,
como hemos dicho, era indiferente, aun-
que no vulgar; hablaron de la traza,
del concierto, de Inglaterra, del tiem-
po, y por fin del celebre Juan Jacobo
Rousseau cuyo nombre repite el eco
de todos aquellos lugares. En las inne-

12)

diaciones de Chenchalet se encuen-
tra la isla de San Pedro, y en ella la
morada del célebre filósofo ginebrino.

Susana manifestó deseos de verla,
— Tendré el honor de acompañar-
los les dijo el noble Lord, y como este
caballero es un prisionero y tenía peli-
gro de dejarlo un momento sin guardias
de vista porque indudablemente se

13

no escaparía a' conspirar expreso le
permitian que venga con nosotros.

— Con mucho gusto, replicó la mayor
de las dos hermanas, pero con una sola
condición; así como los esclavos negros
recobran su libertad al poner los pies
en Europa, este caballero debe recobrar
la suya desde el instante en que le
hayan puesto a' nuestro servicio. Así pues

14

desde este momento queda libre.

15 Señora, interrumpió el español, las cadenas de la amistad y de la gratitud nunca se rompen para un corazón generoso; y ya que he merecido la señalada honra de poder acompañaros al paseo, estoy de ella tan ufano que por disfrutarla olvida otros gustos otros mas imperiosos debe

res.

En esto llegamos á la puerta del edificio y se despidieron hasta el siguiente día.

16 Fácil es de suponer la impaciencia con que Ovalle aguardaba el momento de quedarse solo con su amigo; fácil es de presumir su perplejidad acerca del modo y giro que debía dar

á una explicacion para él de tan
 inmenso, y trascendentales resultados;
 sin embargo; tu vacilacion no duró
 mucho tiempo, porque el caracter fran-
 co y abierto de lord Woodstock, debia
 allanarle el camino con un torrente
 de exclamaciones, de palabras, de re-
 flexiones, y ocurrencias que el impre-
 visto encuentro de tu amada le tu-

givieron. Tu es, que mientras tu amigo
 consternado no se atrevia á dirigirte, tu
 la mas insignificante pregunta por
 temor de descubrir el fatal secreto de
 su nascente passion, el joven lord, abra-
 zandole afectuosamente, exclamo con
 acento afectivamente lastimero, des-
 mentido por el gozo que rebosaba
 en su semblante:

18) tu semblante:

— Soy desgraciado amigo mío, la fatali-
dad me persigue, vengo huyendo de
Pani por no caer en las redes del amor,
y... vamos, es una aventura singular;
¡que dicha! ¡que placer! ¡encontrarme
aquí de manos a boca tan hermosa,
tan divina! Es un infortunio que me
hiela la sangre... es cosa de pegarme
un tiro.

19 — Bien, hombre, le interrumpió Pa-

fael con cierta sonrisa, antes de de-
tesperarte de... de — puro gozo, debes
revelar ~~alguna~~ a un amigo el nombre
de esa cruel tirana que sin duda te
va persiguiendo.

— ¿Pues no te lo he dicho? es Susana, la en-
cantadora, la incomparable Susana? ¿Quien
otra puede ser sino ella? ¿Quien...

— Si, pero ¿quien es Susana? ¿Cual de las dos?

145/3/1, 65

— ¡Hola, hola! ¿que preguntas son esas? etc.
lo habia reparado... estas comovido, palido...
Vamos Clara Ovalle, ¿de cual de las dos
te has enamorado?

— Estas loco milord, enamorado yo! asi de
repente, de sopetón: vamos, la presencia
de esas Señoras te ha trastornado el ju-
cio.

— Bien: lo que tu quieras; yo por mi
21 parte procedo con mas franqueza;

145/3/1, 66

el inamor de mis sentidos es Susana, la
mayor de las dos hermanas.

— ¿La mayor! ¿de veras es la mayor?

— Ya lo sabes; si era es la que te ha can-
tivado, tuyo es el campo; lo abandono en-
teramente, asi como asi yo pienso comba-
tir esta passion hasta el ultimo atrinche-
ramiento. Si la de un amigo se pone
de por medio, tras de este parapeto
22 sera mi pecho invencible; y al decir

Estas palabras generosas el noble lord
tenia sus ojos fijos en las de Ovalle.

— Vive tranquilo, generoso amigo, le con-
testó, cogiéndole cariñosamente la mano;
te aseguro que no te explicaré
que linage de sentimientos esas dos her-
manas me inspiran. Apenas padre de
corte que una fuerza é inevitable tin-
gencia habla en mi corazón por una
23 de ellas. En los pocos instantes que he

gozados de tu presencia he descubierto
un tesoro de pasión y de energía en
la que amas, y un fondo inagotable
de entusiasmo y de dulzura en la me-
nor, que me ha presungido fuerte-
mente. En caso de enamorarme preferi-
ría á esta sin duda alguna, pero me
conozco, amigo, lo bastante para poder
te asegurar que soy absoluto dueño
24 de mi mismo, y no dejaré crecer en

mi pecho livianos pensamientos que
sirvan de obstáculo á la felicidad de un
amigo tan noble y leal como tu

— Por eso no te apures, o valle, mi suena
conoce la pasión que me inspira, ni yo quiero
traerlos tan pronto mi libertad. Los amaremos
en silencio platónicamente. Guardaremos la
mayor discreción; porque, amigos, no son
personas vulgares, y la situación de
25 merfanos, y la circunstancia de viaje

nos solos, con una aya y un criado, la
recomienda mucho según nuestras costum
bres para que un amigo de tu familia pue
da permitirse con ellos la menor libertad.

— Bástales ser damas, y merfanos sobre todo,
para que sean como sagradas á los ojos de
un español que no sabrá respetarlas
menos que tu amigo

Y en estas dulces y sabrosas pláticas
26 se entretenieron los buenos amigos, pase

ando a lo largo de la muralla del
castillo, dando vista al arcedo y pinto
resu lago.

Entretanto, es preciso dar algunas noti-
cias al lector acerca de las interesan-
tes luefanas que habian contrivado el
corazon de los dos amigos, como quiera
que estos, seguros ya de no ser rivales,
27/ e insistiendo en su proposito de ocultar

su respetuoso amor, disfrutaban la cal-
ma y sosiego venturoso que viene siem-
pre en pos de una buena resolucion.

Sammy y Anna Benton, hijas de
sir Ralph uno de los mas antiguos ba-
rones del condado de Harfford, perdieron
a su madre apenas habian comenzado
a sentir la dicha de tenerla. Su tia, la viuda del
almirante Sinclair, quedo a la muerte
28/ de aquella con el dulce encargo

de concederla, desempeñada con tanta
mas sollicitud y cariño, cuanto que la ilus-
tre viuda notaba conocido el inefable
placer de estrechar contra su seno a un
hijo propio.

Edmundo á sus sobrinos con aquella an-
teridad de costumbres que en mane-
ra alguna está rendida con un trato
placido y amable, ni con la libertad
29 que da á los ingleses el sentimiento

de una fuerza inspirada por la con-
fianza de sus principios morales. Si
Ralph había muerto dos años antes de
la época á que se refiere esta historia,
dejando por heredera universal de sus
estados á Susana, su hija mayor; pero
ella era todavía mas rica pues recibia
la herencia de lady Sinclair. Declaradas
pupilas de la Cancillería (Wards of chan-
30 cery) eran enteramente dueñas de su

alvedrio, y su curador, desamando con
fiadamente en la discrecion de las lues
fanas, no habia tenido dificultad en ob
tener licencia del gran connciller para
que emprendiesen un viage de instruc
cion por el continente.

El ayer que los acompañaba per
sona tan respetable por sus años como
por la antieridad de sus costumbres, se
31

habia criado en casa de Sir Ralph, y
los miraba con el cariño de hijas.

Mr. Sandman, antiguo mayordomo
de la casa estaba al frente de aque
lla expedicion que consistia en las cua
tro personas nombradas, dos criados varo
nes, dos coches, un palafrenero y dos
caballos de montar. Con esta comi
tiva habian salido de Inglaterra, y des

32 pues de haber pasado en Paris el invierno

no precedente, durante el cual trataron con mas frecuencia a lord Woodstock, que ya las conocia anteriormente, se habian dirigido en la primavera a la Belgica y a Holanda, de donde bajando por el Rhin, acababan de entrar en Suiza por Basilea.

33 Alas nueve de la mañana del siguiente dia, Lord Woodstock, y Don Ra-

fael de Valle, caballeros en dos ligeros y arrogantes alazanes ingleses, se hallaban a la puerta de la casa donde moraban las dos hermanas, las cuales con la exactitud caracteristica en su pais, no se hicieron esperar ni dos minutos.

Bajaba furiosa vestida de un riquísimo traje de amazona de paño negro; graciosamente acogida en el

bravo derecho la prolongada falda para
 que no la embarazase al descender; tu
 airoso y pulcristo talle se dibujaba en
 voluptuosos contornos; tu trenzado y
 rubio cabello caía copiosamente delan-
 te de tus mejillas; un sombrero ^{de} cas-
 tes negro cubría tu cabera, y un li-
 gero velo de gasa verde atado al ala
 35 flotaba al más ligero soplo de las auras.

Tu semblante era de una belleza per-
 fecta, tu rostro ovalado, tu nariz griega:
 faltábale algún tanto el color sonrosado
 de tu hermano, y una ligera y casi in-
 perceptible aureola aureolada que circun-
 daban sus grandes y rasgados ojos, revela-
 ban una alma capaz de los mayores es-
 tremos de la pasión.

36/ Era era lo que se llama una mu-
 chacha bonita, graciosa en extremo; vestía

un traje igual de merino azul y en la
 gas de hombros llevaba una gorrilla apla-
 nada de la misma tela de la que,
 arrancaba una airosa y poblada pluma
 de nevalis blue, que le daba el aspecto
 de uno de aquellos encantadores pages
 de la edad media rubios como el oro,
 hermosos como un angel, colocados
 imprudentemente para escarcear

la copa de los barones feudales con har-
 to riesgo de la frágil virtud de la seno-
 ras baroneras. Había mucha mas gra-
 cia infinita mas coquetaria en el sem-
 blante de Anita, que por otra parte
 no podia aspirar a la perfeccion ar-
 tística a las puras formas de su
 hermana.

Ligeras como el viento, sencillas

como la elegancia, hermosas y fres-
cas como los pimpollos que brotan aque-
llas frondosas orillas del trasparente
lago, saltaron sobre los caballos que les estaban
prevénidos y que acostumbrados al bland pero
que los oprimía se manifestaron no menos
dóviles que orgullosos al sentir la desi-
cada mano que los refrenaba

39

De Venchatel á la isla de San
Pedro ~~no~~ no hay mas que dos leguas

Hasta salir á las cercanías de la ciudad deja-
ron á rienda suelta los caballos, pero no bien de-
jaron de percibir el confuso rumor de la pobla-
cion, no ~~iba~~ ^{bien} ~~iba~~ la afluencia de gentes iba
siendo mas escasa en el camino y este se apro-
ximaba orillas del lago, cuando insensiblemente
y por un movimiento simultaneo refrena-
ron todos los caballos que continuaron al pato
permitiendo que las señoras y caballeros pudie-
sen mezclarse y entablar una conversa-
cion al principio casi indiferente y que

40

luego se hizo interesante.

145/3/1,85

Con la amabilidad y fino tacto que caracterizaba a las personas de distinguida educación las señoritas de Nelson y Susana en particular, hicieron todo el dialogo sobre España y bromeando de esta manera desviada el gusto y el amor propio de Ovalle:

— Ah! señoras, exclamó este, hablar de su patria a un emigrado es lo mismo que hablar al ciego de la luz, al hidrópico del

145/3/1,86

agua y a Tantalo de los dulcísimos y raros frutos que llegan a tocar con sus hambrientos labios y que no pueda nunca degustar. Y si esta patria es España y si han conocido la cuna del emigrado las perfumadas brisas que bullen en los floridos bosques de Naranjos y limoneros de la florida Andalucía es hablar del paraíso a nuestros primeros padres después pues que el arcángel Serafín les cerró

para siempre la puerta con tu ardiente
 espada. ; Que sirve, Señoras, la delirante
 hermosura de estas escarpadas rocas y
 frondosas montañas, qué sirve el tala-
 go purísimo de cristalinas ondas si están
 como abrumadas bajo el peso de un cielo
 que parece tocarse con la mano; si jamás
 se ven iluminados por aquel sol ardiente
 y magnético que tiene de purpura

43

y oro los floridos campos y arulados con
 fines de patria? ; donde está aquel aire
 invisible y empapado en aromas que al
 parecer basta para dar vida y alimen-
 to a los que lo aspiran? ; donde los aé-
 reos edificios de la cámara del Genera-
 lise y de la antigua mezquita cordobesa
 que en voluptuosidad atrevimiento y ri-
 quera compiten con el suelo que lo sus-
 tenta?

44

— Estais commovido le interrumpio' Susana,
y si vuestro pais es tan bello si tanta
maravillas produce en sol vivificante
de España no engendra menos imagi-
naciones ardientes que sepan retratarlo
con viveza.

— Señora, ~~como~~ observó Don Rafael,
no solo á los españoles es dado pintar
49. con tan brillante colorido á su pais; lo

grande y lo bello hacen brotar facilmen-
te la fuente del entusiasmo y la na-
turalera es la gran maestra del pin-
tor y del poeta. Los ingleses teneis á
Biron que al hablar de España derram-
a los inagotables tesoros de su exple-
nida fantasía.

— Vámos, que es imposible negar á
46. España entre todos los pueblos la su

preminencia de la imaginación.

— Señora no le disputaré yo este derecho, ni semejante título de gloria, pero

hay otro que puede reclamar con más justicia, el de la ternura, el del corazón.

— ¡Y que! dijo a la señora Lady Woodstock
¿tendrás la pretensión de sostener que
solo en España saben amar?

— Siempre he oído decir que España es el país de las grandes pasiones, dijo Anita acercándose un poco más a Rafael, y esperando su respuesta.

— El sentimiento es de todo el mundo; las pasiones son patrimonio fúersto de la humanidad entera, contestó este; pero el clima, la educación y las costumbres las desarrollan con más o menos impu-

tuoridad en determinados países. En España, señoras, se nace para amar: en suelo de las mas feraces con poco trabajo ofrece lo necesario para vivir; por eso los hombres son indolentes, y en tu Oscuridad dan rienda suelta a tu imagination que se inflama con todos los objetos que le rodean. La miseria atroz le abrasa, y hasta las nu-

49

geres parece que declaman la hermosura, como seguras de triunfar por medio de los ardientes rayos de sus negros ojos. Los franceses miran en la mujer un paratiempo. Los ingleses cuando la miran, y hago de voz, Amigo mio, una finta excepcion solo encuentran un de coite, pero los españoles tienen en so las damas un objeto de veneracion.

de culto, de idolatría. Por ellas
arrostran todo género de peligros,
por ellas combaten en los campos de
batalla, por ellas lidiaban antigua-
mente en las justas y en los torneos,
y se ponen hoy frente a' frente
de una terrible fiera en la plaza
de toros; ellas han poblado los claustros

91

Tros de amantes desdenados y el
Parnaso de trovadores. Nosotros no te-
nemos otra poesía que la del amor,
ni otra ciencia que la teología
mística; que también es un tratado
escrito en los éxtasis continuos de amor
de Dios; en fin nuestro amor es un
conjunto de espiritualismo y de
delirio, de trances y de adoración,

y casi lo mismo gozamos sacrificándonos
 á la felicidad del objeto amado que adori-
 mos en sus brazos recibiendo sus
 regaladas caricias.

¡Cálló Rafael, cuya agitación vici-
 flamente se había aumentado al ter-
 minar sus apasionadas frases. El fue-
 go celestial que brillaba entonces en sus
 53 ojos, su encendido rostro y conmovido

acento decían bien á las claras: mi cora-
 zón es un vivo Testimonio de mi pala-
 brax. Estaba verdaderamente hermosa.

Parecía el último abencerage, que des-
 terrado á las playas africanas, á la
 sombra de dos palmeras solitarias vol-
 via sus ojos á la opuesta orilla re-
 cordando su bella Granada y su encan-

54 ¡Adara Zulmar!

Y voluntariamente bajaron también los ojos las dos hermanas confundidas y ruborosas.

— Bella cosa es ser por un español tan tiernamente adorada, meditó profundamente Susana.

— Ahí me gustan los hombres se dijo así misma chuita, y mirando al español de sorlayo, temerosa de que al

guien sorprendiese su mirada, dio un espolazo al caballo que partió al galope.

Don Rafael pudo alcanzarla dentro de algunos instantes. Susana y el enamorado lord quedaron un poco resagados y cual súbita exhalación pasó delante de sus ojos un hombre vestido de todo, caballero en un morcillo que de Venecia venia á todo escape.

En menos de un minuto dejó atrás
a todos cuatro amigos, y fué tan ra-
pido su tránsito, que ninguno de
ellos tuvo tiempo para distinguir su
rostro.

Un cuarto de hora después lle-
garon nuestros amigos orillas del lago,
y enfrente del islote de San Pedro. En
el centro de aquel lago, que podrate

ver media legua de circunferencia.
Se cuenta la isla cubierta de alvion
y corpulentos árboles y de frondosa y
lucida vegetación. Todo el terreno está
ocupado por una quinta, en el centro
de la cual hay una casa que sirvió
de asilo a Juan Jacobo Rousseau, perse-
guido por la Francia y por los

Cantones Huirag, con motivo de la pu-
blacion de su Emilio. La residencia
del filosofo ha dado celebridad a
la isla. Aquel sitio solitario y apa-
cible, rodeado de naturales encantos
justifica la preferencia con que
de el habla el apasionado y mania
tico gobierno.

59

Los cuatro viajeros tuvieron que

dejar los caballos a la orilla y embar-
carse para atravesar brevemente el
espacio que los separaba del islote.
Segun les dijo el conductor apenas tra-
cia un minuto que el hombre enlu-
gado acababa de reponer el lago des-
pues de haberse detenido pocos momen-
tos en la isla.

60

La casa no ofrece nada de parti-

cular: es simplemente una granja
habitada por el colono que la cultiva.
El autor de Emilio, moraba en una
puera del piso superior donde se con-
serva el album indispensable y obliga-
do donde todos los viajeros inscriben
su nombre y la fecha en que han
verificado su visita.

61 Abriose el album para las dos

lindas parejas que acababan de lle-
gar. Todos, como es natural dieron la
preferencia a Juana, que tomo' la
pluma sin recelo alguno, y el ama-
ble colono tuvo la bondad de adver-
tirle el sitio donde debia firmar.

— aqui, inmediatamente despues
de la ultima firma.

Pasó rápidamente los ojos por el
 nombre que segun indicaba la fres
 cura de la tinta acababa de
 estamparse en el libro cuando in
 tió un estremecimiento convulsivo;
 sin embargo tuvo serenidad para
 ventilar su agitacion al colono que
 63 despues de haber cumplido con

su deber de velar del orden de las
 inscripciones la dejó en libertad
 de escribir lo que gustase, remien
 dase a los demas viajeros que esta
 ban en la ventana.

Quana entre tanto leyó las
 siguientes palabras, escritas en le
 tra clara firme y ~~segura~~ segura,
 64 como trazadas por una mano de

tierra.

145/3/1, 109

Estoy aquí. te seguiré a todas por-
tes. La sombra de mi hermano vie-
ne conmigo. Y la de Jⁿ Pedro el 27 de
agosto de 1827.

William Bradshaw.

65 La huérfana reprimió un grito
de terror, pero cayó desmayada en

145/3/1, 110
su sillón con la pluma en la
mano.

Das horas después la silla de
porta de lord Woodstock condució
a Neufchatel cuatro personas.

Muñeca palida y debil con el bra-
zo izquierdo enyesado, su herma-
na que la contemplaba con la

65

mayor Terunsa, un doctor suizo que
de cuando en cuando la tomaba
el pulso, y el lord que alterna
tivamente clavaba los ojos, ya en
el rostro de la enferma, ya en
el del medico suizo.

Capítulo III.

Preparativos de marcha.

El siguiente dialogo tuvo lugar dos dias despues de la extraña aventura con que termino' la visita de la Isla de San Pedro, y en la habitacion de los dos viajeros cuyos balcones daban vista al lago de Steneshotel.

En el cuarto se notaba algun desorden, y por el suelo estaban tendidos baules, maletas a medio cerrar y sacos de noche.

— Con que estas remetto a' partir?

— Decidido, este es mi deber, y no me haria' retroceder fuerza humana. Afortunadamente la indisposicion repentina de Juanita no ha sido de peligro,

145/3/1, 114
y merced a' la pronta sangría que le
hizo el doctor, a' los eficaces reme-
dios que después le ha recetado, y mas
que todo a' los incansables desvelos de tu
hermana; la hermosa huérfana se halla
tan enteramente restablecida; cuanto de-
be a' tu amor amigo mío!. Sin entre-
garle a' vanas e' inútiles demostraciones
3) del profundo dolor que te afectaba

145/3/1, 115
partiste como el rayo a' la ciudad
en busca de los socorros del ar-
te, y rebentando tu mejor caballo.
Fueron la hermosa a' quien adoras deba
la vida a' tu amoroso afán.
— Tienes un modo de exagerar las cosas
querido Rafael, y en particular las ac-
ciones de tus amigos que son suscep-

145/3/1, 116
tibles de una interpretación favorable,
que no parece sino que, en acudir
al socorro de Amara he hecho cosa
que de mención sea digna. Dejemos esto,
dime, ¿que te han parecido mis paisanas?
— ¡Me lo preguntas, chitard? ¡et en
yo lenguaje juergas apasionadas y ardien-
te, cuando quiero pintar lo que amo!
— Dime, no es verdad que la educación

145/3/1, 117
inglesa logra hacer exaltar en la
juerga los dotes de la instrucción, la
superioridad de sentimiento y de la
alegría, sin rebajar en lo más mi-
nimo la gracia, el candor y la timidez
propias de su sexo?

— ¡Ah! exclamó Rafael, yo no soy juez
imparcial para fallar en esta causa.
Confieso que por mi larga residencia

en Inglaterra estaba prevenido favorable
 mente hacia nuestras costumbres;
 pero i como quier es que hoy, seducido por
 tanta gracia, arrebatado por tanta hermosura,
 embriagado con esa fragancia virginal,
 suave y pura, que embalsama la atmósfera
 en que respiran los dos hermanos, como quier es que unidos
 por tantos encantos a una variada

instrucción, a un juicio sólido, a una razón madura, no pierda el sentido,
 no caiga estatico a los pies de esas divinidades
 que cruman la tierra fugitiva del Olimpo.
 Ahora, la mas graciosa obra de Dios que ha salido jamás de las manos
 de Dios, i a quien puede compararse?
 Cuanta ternura, cuanta inteligencia
 ha manifestado despues del accidente

te que sobrevivio a' su hermana? Tu
 coraron y tu entendimiento lo abarcaban
 todo. Ella despues de demandar a' su her-
 mana, despues de colocarla en el lecho
 hospitalario que la amabilidad del
 colono proporciono, al mismo tiempo
 que descendia a' los mas minuciosos
 por menores, a' faenas que por su edu-
 cacion le son absolutamente ignoradas

me ordenaba que partiera a' la cin-
 dad en busca de un facultativo cuan-
 do tu me habras anticipado a' tus
 deseos.

— En rememoras cuentas, amigo Ra-
 fael, tras de ese velo de exaltada admi-
 nacion se vislumbra facilmente un
 amor desenfrenado. Ana es para ti,

amigo mío, un excelente partido; 80,000
 libras de renta sobre 100,000 de ca-
 pital, que ha heredad de su tía en
 los fondos públicos, reunidos a tanta
 gracia y a tanto talento no son de
 despreciar. Quiza no será difícil que
 Miss Anna consienta en vivir en el
 continente, y si tus esperanzas de
 18 nueva revolución en España te reali-

tan podríais vivir afortunados esposos en
 la tu inspirada América del Sur
 — Loco, loco estás, querido Lord, y por lo mi-
 nus te perdono esa sangrienta burla con
 que desgarras mi corazón. Ilusiones tan
 todas esas de tu fantasía, y las ilusio-
 nes son en este caso el más terrible
 sarcasmo. Sin duda quieres ostentarte
 19 ante mis ojos ese magnífico panorama

ma como una tentacion seductora.
 Siego estoy; pero no tanto que no vea
 lo que hay de ridiculo, en mi peregri-
 nez, comparada, no con esa brillante
 fortuna, sino con esa esplendida dei-
 dad; Que titulos tengo yo, pobre, pro-
 cripto, sin patria, sin hogar, que titulos
 puedo presentar al pedir la mano
 13 de una señorita, cuya fortuna con-

parada con la mia, es la de una
 Reina, y que merece tener la for-
 tuna de una reina por su hermosu-
 ra? No, amigos mio, la novela.
 que conmigo has querido forjar esta
 terminada, si ya no se termina
 un poco mas lejos con mi muerte.
 14 Esta misma tarde parto para Valencia.

145/3/1.126
hermandad tomar un asiento en
la mala-puerta: iremos á despre-
dirnos brevemente de las Señoritas
de Reutron. y si entráran un viage
tan repentino daré el pretexto
de graves y urgentes negocios perso-
nales.

— Pero; es posible que nada haya
minimado de tan ardiente pasión
15 á la que por tu mal te la ins-

pira?

145/3/1.127
— Absolutamen. te nada.

— ¿Ni cuando quedaréis solo en la
isla en estos días que con motivo de
la indisposición de tu hermana
tan frecuentemente las he visto
visitad?

— Jamas; años enteros viviría sufriendo
16 en silencio un suplicio terrible

aun cuando á Prometeo me renacis-
 sen las entrañas que fuese devo-
 rando esta fatal pasión; pero mi in-
 ojos mi mis labios darían á entender
 la causa de mi tormento. La lu-
 cha no podrá ser larga, yo no po-
 dré triunfar, sino con la muerte,
 pero triunfare, milord, triunfare.
 17 ¿Como oaría hablar de amor á una

joven que no ha salido aun de su
 menor ~~mayor~~ edad, que no puede disponer
 de si misma sin consentimiento de
 la Chancillería, y que por otra parte
 profesa ~~una~~ una religión distinta de
 la mia? ¿Como quierdes que abuse de
 esta manera, de la amabilidad con
 que, gracias á la confianza que es-
 18 Señoras te dispensan me han recibi-

do? ¿Que valgo yo, que valen mis
 Cesares Talantos y mi persona pa
 ra seducir, si en mal hora lo inten
 tara á una joven de tanto juicio
 y de tan maduro ingenio? Pero ¿g.
 Estay diciendo? no puedo con may
 fundamentos devolvete los mis
 mos argumentos que me opones?
 19 Tu, noble lord, tu par de Inglaterra

Ya si como lo dices amag á Mariana
 que inconveniente tienes en ofre
 cerle tu mano?
 — Ay! amigo mio, que me hay
 tocado bruscamente una llaga
 que al mas blando contacto se estre
 mece! Yo siempre he tenido para
 ti de en par en par abiertas las
 20 puertas de mi corazón; pero hoy

voy á conducirte hasta el fondo,

Tu natural orgullo de hombre y de español se alarma por tu amor á tu hermana; pero contra mi amor á tu hermana se revelan mi orgullo de hombre de inglés y de lord. La peregrina hermosa de Sinama ha llamado la atención de la mas elegante y

distinguida sociedad inglesa: á tus pies se han rendido. Todas las fortunas; han doblado la cerviz las marciales frentes, se han prostrado todos los coronones; pero la fama de tu bellera va unida á la fama de su deiden: y; como quieros que en mi albricez, sin haber recibido en tantos años de amistad la mas remota

en ligera prueba de terminación, notan-
 do en ella por el contrario cierta
 frialdad y retraimiento, como quie-
 rer que me resigne a añadir en
 trofeo may al inmenso cumulo que
 bajo sus plantas yace? Rafael, tu
 vas a partir: pero si a la voz de
 mi conciencia atendiere, sino fuera
 23 casi un deber por mi parte el acom-

pañar estas señoritas hasta que su
 sana recobre enteramente su
 salud, no partirias solo.
 — Ah! querido Woodstock! que fatal estrella
 nos ha traído a este fatal...! Por for-
 tuna tu no estas en mi caso, tu ca-
 rino no es ni la sombra de la pasión
 concentrada, profunda, indomable que
 yo abrigó. Es una pasión la mia de
 24 (H)

aquellas que forman época en la
 vida del hombre y quina tu
 desenlace. Ya ves que semejante
 estado de suplicio y de enajenación
 no es duradero. No, no confundamos
 milard, cosas tan distintas como
 tu amor y el mío; tu afecto es
 legítimo y nunca puede ser indi-

240

ferente a suana llegar a llamar
 se Lady Woodstock. Tal vez seas la pie-
 dra de la montaña que derriba
 la colosal estatua de un altivo des-
 den. Si le hablas formalmente
 no podrá menos de permanecer de
 tu elección; por consiguiente toda
 tu desgracia se cifra, tal vez, en
 25 laarte algunos años antes de lo

que tenías pasado, pero en mi tenia
una bajera pretender: la mano
de esas señoritas. El pensarlo solo me
humilla: dejame partir, amigos mis;
dejame arrancarme para siempre
de su fatal influjo.

Al llegar aqui el coloquio de los
dos amigos; la puerta de la habita-
cion se abrió respetuosamente,

y un ayuda de camara del lord
puso en sus manos una carta
elegante y perfumada: dirole este
una seña, de que se retirara, pero
el criado inclinándose con el mis-
mo respeto entregó a' O'walle otro
papel, y en seguida cerrando la
puerta desapareció.

24 Despues de algunos momentos de

pausa en que ambos caballeros
se hicieron cargo de sus respec-
tivos billetes rompió primeramen-
te el silencioso lord Hardstock di-
ciéndole a su amigo

— Es imposible que te marches,
toma, lee; y puso en sus manos
la carta.

— Amigo, no puedes menos de
marcharte me. Mira, contertulio Ra-
fael mostrando al lord el billete
de su acento en la mala que
debía partir aquella tarde

— Eso no importa, lee.

Y don Rafael leyó en efecto lo
siguiente:

con vuegan encarecidamente a
 Lord Woodstock y a su amigo Don
 Rafael de Ovalle que los acompa-
 ñen hoy sin falta a comer, a fin
 de concertar los preparativos
 para dar a la noche un paseo
 por el lago."

Hotel de Paris 30 de Mayo 1827.

30 — No nos es posible recusar, Amigo

go mio, dijo el lord, no podemos ha-
 cerlos este desahogo. Seria imper-
 tinente, seria ridiculo, y diciendo
 y haciendo ~~grande~~ riego el billete
 de la maquina tenia en la ma-
 no.

— Sea en buena hora: me quedo: tú y
 la muerte os empeñáis en ello;

quiera Dios que no tenga que
~~repentirme~~ arrepentirme de
 mi condescendencia.

— Vamos, es preciso no ser exagerado.
 Aprende de mí, Rafael, a' girar en
 torno de la hoguera sin llegarme
 a' abrazar nunca del todo.

32 — ¡Mitar! tú puedes jugar con

el fuego porque tienes miedo de
 libertarte de las llamas, pero
 yo, perdona lo vulgar de la
 comparación, yo soy la mar
 para que debe perecer abrasa
 da en el seno de la lumbre que
 la fascina. Ya te lo dije desde

33 que vi a' esas señoritas en el

concierto, senti que una mano
 de hierro me oprimia el
 corazon. e alguna desgracia nos
 amenaza; no recelo de nada
 pero hay algo de fatal, algo de
 terrible y que no se ni a mi mis-
 mo explicarme, y que me am-
 bla y ahoga el corazon.

— No seas fatalista ni super-
 ticioso, querido - Rafael, no mires
 las cosas por un lente tantom-
 brio. Fíjate; ¿quién sabe? Si acom-
 pañamos los dos en tus viajes a
 las Senontas de Brentzen, al fin
 de la jornada estreche a los
 dos amigos el vinculo de her-

manos. Por ahora echemos estas
 cuidados a la espalda dis-
 frutemos de lo presente y para
 dejar menos que hacer, a las te-
 tronitas mandaremos preparar
 dos hermosas barcas para el
 paseo de la noche. Será deli-
 36 cioso, amigo mío, no lo dudes.

Rafael no respondió, se
 asomó al balcón como para dis-
 frutar de la vista del campo, ten-
 diendo los ojos por el horizonte
 sin fijarla en parte alguna.

Lord Woodstock llamó a su
 ayuda de cámara y le dijo:

37 — Para el anocheecer es pre-

cero que estén á mi disposición
dos barcos, seguros, cómodos y ador-
nados con toda elegancia.

— Milord, justamente acaba
de llegar cerca del hotel un bate-
lero que es dueño de las mejo-
res que hay en el establecimiento.

38 — Tanto mejor, á cualquier

precio deben ser mostrados por
esta noche.

— El ayuda de cámara salió
del aposento.

— La señor distraída continuó
el lord dando una palmada en
el hombro á Rafael. Vuelve
á abrir sus baules y vístete para

39 ir á casa de esas señoras.

Lord Woodstock se asomó tam-
 bien al balcón como su amigo
 y vio que su criado estaba apor-
 tando las barcas con un pescador
 de atlética estatura y ~~era~~ era
 pobremente vestido: la mitad de
 su rostro estaba cubierto por
 una espesa barba roja, y toda

40

enfrente por un sombrero en
 conjetura hacia los ojos.

Después de algunos minutos
 de un ajuste, en que a juzgar
 por los ademanes y apariencia
 hubo mucha aversión y con-
 formidad se despidieron las dos
 partes contratantes con el sobre

41

ver palabras:

— Esto es hecho. Hantalan ocho.

— Hantalan ocho

El criado dobló la esquina que formaba el hotel para subir a la habitación de su amo, y el pescador bajo restregándose y las manos de contento hasta

la orilla del lago, no sin dirigir antes una mirada de satisfacción a la alegría al balcón donde estaban los dos amigos.

— Mira, mira, que gozoso se marcha aquel pobre diablo por que le hemos dado a ganar algunos francos, dijo el lord a su amigo para sacarle de su profun-

de meditación.

— Te reírán de mí, querido lord,
pero hasta la alegría de ese
hombre me parece de mal
agüero.

Y los dos amigos se retiraron del
balcón, el lord burlándose de las
vanas supersticiones del español,
y este siempre acosado de fatales
presentimientos.

Capítulo IV.

Un paseo por el lago.

Era la noche.

Limpio y sereno el firmamento,
ostentaba su rico manto de brillan-
tes estrellas derramadas sin orden, es
decir sin ese orden mercurio que

los mortales llamamos simetría. Bri-
llaban los astros como diamantes más
esquitos esparcidos con bárbaro lujo en
los schales de una tulana del Oriente.

Nada turbaba la sublime magis-
tad de los cielos cuya radiante hermosu-
ra contrastaba con la sombría opacidad
de la tierra. Solo allá en los confines
del horizonte y enfrente de él.

chatel una luz entre rojiza y de
 Nari iba tiñendo suave y blanda
 mente el oscuro azul de la atmósfe
 ra como una ^{aureola} ~~luz~~ celestial. En el foco
 apareció luego una hoguera, viva si,
 pero tranquila, sin forma determina
 da en un principio, redonda luego
 y de color de naranja.

3 Era la luna que levantaba tu

frente del sepulcro de las montañas,
 amortiguando poco a poco contra
 clara y misteriosa lumbre el trémulo
 resplandor del polvo de estrellas
 que la circundaba. Bien como cuan
 do el indolente musulmán, sentado
 en unelas y regalado copines, obser
 va con indolentes miradas las volup
 4 trasas danzas de su adalica, y

pierden estas todas en encanto al
 aparecer la tulla una favorita
 en medio de ellas con todo el presti-
 gio de su hermosura, y cesan las
 danzas, cesan los festines, porque el
 musulmán no tiene mas ojos que
 para ver los de su predilecta ar-
 ciana, así fué la luna ense-
 ñándose de los cielos y ocul-

tándose ruborosamente a su tran-
 sito los antes ufanos y exple-
 didos luceros.

Talo hemos dicho: el territorio
 de Neufchatel no ofrece las ame-
 nos y floridos vergeles que ostentan
 otros lagos de la Suiza; pero en
 cambio este presenta un aspecto
 salvaje sombrío, romántico y pin-

Torresco. Yumentas y peladas rocas
 cenicientas ó cu biertas de espe
 ro unigo, abran al cielo un desi
 guales frentes, y entre las grietas
 brotan atrevidamente pequeños
 arbustos y enmarañados brezos que
 se miran retratados en las cris
 talinas olas del lago. Mas allá
 7 parecen competir con las rocas

corpulentos y enaltecidos pinos, cu
 yas flexibles copas se menean al
 menor soplo del viento produ
 ciendo silbos misteriosos, como la
 voz de los espíritus que anuncian
 las tempestades.

Una ligera brisa rizaba enton
 ces las conmovidas olas que al
 8 estrellarse en la enaripada orilla

daban charquidos resonantes, los gor-
llardos pinos se mecían delectosa-
mente y las estremecidas hojas de
las hayas susurraban con blandura.
A lo lejos se sentían confusos y ar-
mónicos ruidos en la ciudad. El casti-
llo que la corona aparecía lleno
de luces de todos colores, y los ecos
que llevaban al lago los torrentes de

armonía que brotaban por las
ventanas del alcazar. Parecía que
ese se estremecía bajo el peso de
innumerables danzas.

En efecto, el Gobernador prusiano,
por último día de fiesta, daba un
baile magnífico aquella noche, don-
de se reunía lo más escogido de
los habitantes de Neufchatel y

de los extranjeros que se pasan allí
moraban. La gente del pueblo, á
su imitación, entregabase también
á bromas, rimas y algarazas.

No era extraño que el lago se
encontrase á aquellas horas solo,
enteramente solo.

11 Sin embargo, al poco rato y
bajo la sombra de las peñas que
se surcan lentamente las olas

como dos ciervos amantes, dos peque-
ñas barcas, chatas y tin guilla, como
todas las que sirven para flotar en pa-
rajes de poca profundidad moviéndose
ambas por los brazos de sendos re-
meros. Habían en una de las barcas
tres personas las Señoritas de Brent-
on y don Rafael de Oualles, y en
la otra Missis Murton, el ~~ay~~ ayude

las hermosas burocratas y lord
 Woodstock. El batelero de gran barba
 y ancha sombrero que por la ma-
 ñana estuvo hablando con el criado
 del lord, guiaba la primera, y como
 que el tiempo era poco fresco iba en-
 vuelto en un ancho capote y siem-
 pre mirando al fondo del agua,
 13 ora por esquivar importunas sin

Nada, ora por estar embebecido y
 atento a su oficio.

Corriabanse de uno a otro batel
 las conversaciones mas francas, ale-
 gres y con bulliciosas, y sin una
 minima, despues de la comida, pare-
 cia haber olvidado el terrible efecto
 que le produjeron las palabras de
 14 citas en el album de la isla

de S.ⁿ Pedro. Todos ellos habían des-
plegado tanta amabilidad, tanta gra-
cia, tanto ingenio, ya en la con-
versacion de la mesa, ya despues
de tomar el the, que no era extra-
ño que su penante adormeciérase
al arrullo de tan grato entrete-
nimiento.

15

Los dos hermanas formaron

El mayor estudio en no distinguir
á ninguno de los dos amigos, mostrán-
dose con ambos igualmente amables
igualmente felicitadas; pero; de que sirven
los esfuerzos con que queremos atri-
bionar el alma, cuando la voluntad
la arrastra á impeler el viento
que la sugeta? Una inclinacion
vehemente es un fiero freno

16

tado que se encierra en un franco:
 por todos lados y a' todas horas está
 ejerciendo una violenta presión,
 y al mas leve descuido en totar
 el corcho, a' la mas ligera quebra
 dura del fragil cristal, por alli
 se derrama el licor espumante.
 Ah, las tenoritas de Breton, a'
 17 penas de su exquisito ciudad, no pu

dieron menos de manifestar algu
 na imperceptible predileccion y de
 ferencia a' Don Rafael de Ovalle; pero
 este era demasiado modesto para cono
 cerlos, y no muy celoso que digamos
 Lord Woodstock, para advertirla.

El noble ingles con una improu
 dencia en que seguramente no hu
 18 biera incurrido a' tener la mas

ligera sorpresa de la causa secre-
ta del accidente de Min suana de
cia a' la saron.

— Suorita en cuanto lo permita vue-
stra salud debemos emprender otro pa-
seo a' caballo, como quiera que el doc-
tor os ha recomendado tan enca-
mendamente la distraccion y el
ejercicio. Yo bendigo semejante receta

pues es causa de hallarnos hoy
en el lago de Sanfetrat, mono-
polizando dos afortunados amigos
las gracias y el talento de las jo-
venes mas lindas de la Gran Bre-
tana cuando los salones del Casti-
llo estan como huecos en medio
de abrigar tan numeroso concurso
por patiar en ellos las reinas de la

hermosura

— Detened, milord, detened por
 Dios ese torrente de hienas, pues de
 lo contrario corremos peligro de ser
 víctimas de una inundación. Ciudad
 que estas barcas son muy débiles pa-
 ra resistirlas, y que en vez de
 velas están de flores adornadas. Yo
 21 creo como vos que me convienen

los paseos; ¿pero adonde queréis que
 vayamos?

— Si mal no te parece, respondió
 Anas, creo que debemos partir para
 Berna, y de allí hacer una expe-
 dición a' la Gemma, que es uno de
 los precipicios mas horrosos que
 se conocen.

22 — Efectivamente, no debemos dejar

de ver un pavo tan horriblemente
 pintoresco, ad- vi- tió' el lard, pero
 antes quisiere volver a' la isla de
 S.^a Pedro, porque es una falta imper-
 donable para unos viajeros dejar
 de poner nuestros nombres en el al-
 bum de Juan Jacobo del cual no vol-
 vimos a' acordarnos despues del ac-
 23 cidente de Ellis, Luana.

Esta padecia entonces extraordi-
 nariamente. Aquel recuerdo impos-
 tmo vino a' turbar en alegria en
 medio de las aguas, y no pudo me-
 nos de estremecerse involunta-
 riamente.

El batelero encapotado que hasta
 entonces habia dado sus golpes con
 24 la igualdad acompañada de una

pendola detuvo algun tanto su accion y
 aun movio ligeramente su cabera pro-
 curando observar de soslayo el rostro de
 Susana.

— No recordemos escenas desagradables dijo
 entonces Ovalle: afortunadamente. Mis
 Susana goza ya casi de una completa
 salud, todos estamos contentos y satis-
 fechos y esta dulce calma no debe tur-

barre ni aun por el recuerdo de la
 tempestad.

— Que bien, dijo Anita; para distraer-
 nos mas en esta melancolica soledad
 que enternece el alma, debiamos can-
 tar una de aquellas Trovas de
 nuestro pais, tan ardiente y apasio-
 nado.

26

— Dadnos ese gusto, añadís Susana:
 hemos oído á vuestro amigo que es
 tan buen músico como poeta, y á ju-
 gar por el entusiasmo que la natu-
 ralera os inspira debe ser así

— Mi amigo, señoras, es dueño de ca-
 lumniarme á su antojo, pero estoy se-
 guro que no tendrá la complacen-

24

cia cruel de ponerme en ridículo.

— Vaya, vaya Rafael, no pierdas in-
 discretamente en una hora la fama
 de galante en tantos años adquirida.

— Por complaceros, señoras, y por no
 dar con mi resistencia mas impor-
 tancia de la que en si tienen mis
 cortas facultades, no vacilaria un
 instante en obedeceros si aqui tuviera

un instrumento.

145/3/1, 185

— Os hemos cogido, amigo mío: has caído en el lazo. Es verdad, que aquí no traemos tu guitarra, pero estamos al frente de ~~tu~~ casa; luego en cuatro golpes de remo a' la orilla, llamo a' nuestros criados que están viendo nos en el balcón y antes de ocho

29

145/3/1, 186

minutos tendrás en las manos el laúd de los trovadores de Andalucía

— En ese caso no consentiré yo que estas señoras queden ni un instante privadas de tu presencia, Milord, y yo mismo seré quien traiga la guitarra

— No no, amigo mío: ya que carezco de habilidad y de talento, cuando menos dejadme el merito de

contribuir aunque indirectamen-
te al entretenimiento y solace
de las Señoras.

El lord y Miss Murton, apartan-
dose de tan agradable compañía lle-
garon en su barca y en breve tiem-
po a la orilla; y sola en medio de las
31 aguas, quedaba la que conducía a las

Señoritas de Bentzon, a Rafael y
al misterioso y tumbrio barquero, co-
mo el navio de Ulises en medio de
las mares con el crepúsculo funesto del
cual habrían de salir rugiendo desenfrenados huracanes.

- Ya que en alas de vuestra ardien-
te imaginación nos transportasteis
32 ha pocos días a vuestra bella España, hoy

no será muy grato que den una
 muestra del genio poético de aquel
 país.

— En este caso es cantaré alguna
 de las ^{tiernas.} canciones de nuestros prin-
 cipales poetas, de lo contrario
 formaría un muy mal concepto
 de nuestra poesía.

33 — Eso, no, dijo ella: es preciso que

sea una cosa nuestra, original, nuestro
 virado por este dulce verso.

— Preferiremos, añadís Sinarra, cuatro
 versos nuestros a todas las poesías del
 mundo.

— Señoras, me llenarí de confusión,
 y no se como corresponder dignamen-

te a tan singular muestra de amis-
 tad.

145/3/1, 191

Sumana estaba entonces sentada
al borde de la barca, la luna bañaba
de lleno con su serena y plateada
luz su bello semblante pálido que real-
zaba la expresión de sus ojos. Las auroras
habían recogido sus bandas alazas, y el
astro de la noche se miraba como
en un espejo en las dormidas olas
35 del anchuroso lago: callaban tam-

145/3/1, 192

bien las copas de los pinos y las ho-
jas de las hayas apenas exhalaban
un languido susurro: los dorados cabe-
llos de Sumana caían en voluptuosos
rizos por su blanca espalda: los ce-
jos embriagados sin duda con la
fragancia habían cesado de pique-
tear con ellos.

todo callaba, todo permanecía
 en sueño, solo la busca arrugabali-
 geramente la tersa superficie de
 las aguas, dejando atrás dos ligeros
 surcos de blanca espuma que en
 forma de abanico se desplegaban;
 solo a la lejanía se oía el confuso
 34 murmur de los festines, y esta va

ga armonía, la hora, la luz, la
 soledad y el silencio convidaban al
 amor.

Suana no podía ocultar cierta
 agitación en tu pecho, y bajo el tol-
 do de tus negros párpados brilla-
 ba una miríada de fuegos; así
 38 es que pronuncié tus postrevas pa-

labras con un acento algún tanto
 conocido. El interior bateles la
 observaba no perdía ni la menor in-
 flexión de tu voz, no la mas in-
 perceptible expresión de tus misa-
 das, y cuando en tu profunda aten-
 ción le quedó la menor duda de
 amor de suana a' don Rafael, sol

39

tando subitamente el remo, se
 puso en pie, arrojó atrás su
 ancho capote, tiró al lago su
 sombrero y descubriendo un traje
 negro y una frente enroscada por
 la hiena y por el crimen, dijo a
 suana con voz terrible

— ¡Gufelin! le amas, le amas... de

40

145/3/1, 197
lante de mi! ¿que has hecho de
mi hermano?

Amara sobrecogida de terror, lan-
zó un grito inarticulado, y empuja-
da por una mano robusta cayó de
espaldas en el lago.

Los aguas formaron un fondo
remolino que luego fué estendiéndose
41) en círculos concéntricos que cada vez

145/3/1, 198.
iban siendo menos perceptible. Las
olas volvieron luego á tomar su an-
tigua forma, y el disfrutado batelero
gritó con infernal sonrisa

— Walter! hermano mío, ya estás
vengado!

— Ah no, miserable! exclamó don
Rafael, que para entonces pre

apitadamente se había quitado
el frac, y se arrojó al agua en
fios de la infortunada joven.

Ella, que viendo caer á su her-
mana muerta de terror y de sorpre-
ta, había quedado como petrifica-
da, observaba con profunda aten-
cion la superficie del agua.

43

Con no menos asombro tenia los ojos
enclavados en el mismo sitio Mr.
William Brachshaw y decía con todo
acento de alegría y de venganza:

— Oh! seran dos victimas en lugar
de una las que se sacrificuen á las
manos de mi hermano.

— ¡Sais vos, hombre infernal, sais
vos el fratricida William, que en

un solo día me arrabatais a' mi her-
mana, y al hombre a' quien adoré.
¡Los dos únicos seres que me liguen
con el mundo! exclamó Anita deses-
perada.

— Le respondió William Bradshaw, yo
soy. El lago por esta parte es pro-
fundo, el fondo está lleno de pe-
45 trencos; ves en superficie tierra in-

movil, inalterable, ves si mi ven-
ganza es completa.

Al decir estas palabras, la barca
donde venia el lord con la guitar-
ra se acercaba al sitio de la catas-
trofe, y etna desesperada, viendo
perdidas para siempre a' su her-
mana y a' su ~~amante~~ amante, con
46 70' los brazos y se arrojó al lago.

no queriendo sobrevivir a tamaña
desgracia.

En el mismo instante, don Na-
fael llevando el cuerpo de Ana
ya cogido por los cabellos, apa-
reció nadando vigorosamente.

La barca de lord Woodstock era la
47) que tenía mas cerca, y en ella

deposito el cuerpo exanime de
la huérfana.

Apenas Ovalles, despo, ayudado por el lord,
tan preciosa carga en el batel cuando
disponiéndose a trepar, le dijo su ami-
go: allí, allí se ha tirado Ana. Salvata
te ana.

— También ella! exclamó Ovalle,
48 y se precipitó segunda vez al fondo del

aguas.

145/3/1, 205

Todo esto fue obra de un solo instante.
Por esta vez ~~sumos~~ a abandonar la es-
cena visible de los que flotaban sobre las
olas. Ahora seguiremos al generoso espa-
ñol, que sumergido en el lago, casi
vendido de fatiga, necesitaba de to-
da su presencia de ~~animos~~, de toda
su valor, en una palabra, de to-

49

145/3/1, 206

dos los milagrosos esfuerzos de un
amor correspondido para acudir al
socorro de Anita. Abiertos los ojos bajo
aquella bóveda inmensidad, toda su
alma, todas sus potencias parecen que
estaban agolpadas a sus anchas pupilas,
que con una avidez inexplicable
miraban si algún objeto extraño
interrumpía el amado velo que le

circundados en sus oídos zumbaba ese
 murmur confuso que siente bajo
 las aguas, semejante al aturdimien-
 to, que se experimenta cuando se
 metemos la cabeza bajo el canoa-
 vo espacio de una inmensa campra-
 na sobre la cual cae de lo alto la
 pesada mano del reloj. Por fin don
 51 Rafael pudo divisar un objeto blanco

luchando y reluchando con las olas. Un
 ojo menor perspicar que el de este
 diestro nadador que entre diferentes
 viajes maritimos habia tenido mil
 ocasiones de ejercitar su habilidad sal-
 vando la vida a muchos de su se-
 mejantes, no hubiera permitido abro-
 lutamente nada; pero Rafael que
 52 en aquel trance tremendo habia

ido informado del amor de su
querida, al ver la bullir ^{bajo} ~~sobre~~ las aguas,
se creyó el hombre mas feliz.

Como el tiburón se lanza sobre su
presa horadando la masa de cristal
que de ella le separa, así ovalle se
arrojó sobre el cuerpo de Ana, que
juguete de las olas, ora fluctuaba en
53 la superficie, ora descendía al fondo;

y apriéndola con la mano derecha, co-
locándola sobre sus espaldas subió con
tan dulce carga a flor del agua,
y por dicha suya se encontró a po-
ca distancia de la orilla, por aquel
punto de fácil acceso.

Allí estaban también lord Woodstock,
el aya y algunos criados que testigos
84 desde el balcón del hotel, de la espam

tora catástrofe, se habían apresura-
do a socorrer a los dos afortunados.

El lord, tan prevenido como siempre,
había mandado a unos cubrecas de fa-
cultativos, y otros por las ventanillas de la
fonda arrojaban mantas y cobertores.

El mismo, gracias a la educación in-
glesa que nada desatiende, que un
85 gran conocimiento de lengua, había or-

denado a Miss Merton el tratamiento
que debía practicar ^{con} la ahogada.

El agua recostó a su mano del lado derecho
con la cabeza descubierta y levantada, le
sopló fuertemente en las narices y ha-
ciéndole absorber etes en un franguito
que llevaba consigo.

Acudió después al socorro de Ana
86 que no dio indicio de vitalidad. Sin em-

bargo, por un efecto casi nervioso, abrió la inna ligera mente los parpados al aspirar aquel espíritu, y sus pupilas estaban extraordinariamente dilatadas, su color palido, blanco como la cera, y sus mejillas hinchadas.

Amara por el contrario, tenia en derredor de la frente un circulo y sanguinoso y el resto de su abutad

roto de color entre amoratado y blanco.

Llegó entonces el doctor Hoffmann, y mandó trasportarlos inmediatamente a la casa mas proxima, y como esta fuese la habitacion de los dos amigos, a ella condujeron los enfermos.

Rafael, rendido, por efecto de cansancio, no cuidaba sin embargo de si mismo, y como si nada le hubiese pa

145/3/1, 215
sals, auxiliaba con el mayor ardor
y actividad a las huérfanas. Sin vesti-
dos estaban chorreando agua, y sin embar-
go el no lo sentía, y se encontra-
ba en todas partes, multiplicando su
presencia donde quiera que fuese
necesaria.

Los dos amigos nada se hablaron,
nada se digeron, pero sus miradas y
59 su silencio erano muy elocuentes. Am-

145/3/1, 216
bos interrogaron al doctor con el ma-
yor afán si había esperanzas de arran-
car de las garras de la muerte a' los dos
hermanos

— En cuanto a' la menor, respondió el
facultativo, ofrece una esperanza de
bil de recobrar su salud: el aspecto
de la mayor no me gusta nada.
La afixia parece complicada con
60 un derrame cerebral, y es preciso tam-

145/3/1, 217
gras a la enferma inmediatamente.

— Señor, toda mi fortuna todos mis
tesoros son vuestros si la volvieris a la
vida, exclamó el lord.

— Tendréis el reconocimiento eterno
de dos hombres honrados, dijo Rafael.

— He es el que yo aprecio, contestó el
doctor Hoffman, y volvió a entrar en
el cuarto de las enfermas.

145/3/1, 218
El lago quedó solitario, y en la opues-
ta orilla se veía la barca y dos seme-
ros que profundamente observaban el
desenlace de aquel terrible drama.

— Señor, dijo uno de ellos, por esta vez
todo se ha malogrado.

— No importa, respondió el otro,
con una impasibilidad y sangre fría
que solo se encuentran en ciertos
clínicos, no importa, lo que nos resta

Conseguido hoy se conseguirá una
trama.

Y saltando á la ribera, abandonando
el rim batel, á merced de las olas, des-
parecieron en el borge.

Capítulo V.

Las operaciones.

A los ocho minutos de haber entrado el doctor Hoffman en el cuarto de las enfermas, volvió a salir con aire desconsolado.

— ¿Que hay? ¿Que ocurre? preguntaron a un tiempo los dos amigos.

— La asfixia es completa, dijo el doctor

meneando tristemente la cabeza; el corazón ha cesado absolutamente de latir; la frialdad del cuerpo de las enfermas es glacial.

— ¿Morirán? ¡Dios mío!

— ¿Que habrá remedio ninguno?

— Uno me resta que probar

— ¿Uno? ¿cual es? contestó el noble lord

— Si necesitara la sangre de mis ve

2 nas. Tomad la toda: que no me

145/3/1, 222

quede en una gota, añadió el expe-
riol.

Hicada respondió el doctor, pensó acer-
cándose a una mesa, escribió algu-
nas palabras.

— Haces que lleven esta carta inmedia-
tamente a mi casa, esta mujer
cáde aquí; en el sobre con las señas,
que traigan volando lo que pido.

3 Poco después de pronunciarse la ul-

145/3/1, 223

tima palabra, un criado de lord baja-
ba ya por la escalera con el billete
en la mano. Era imposible mayor
actividad, mas premiosa y pronta.
En los movimientos

Entre tanto el médico volvió a
entrar al gabinete donde estaba
Mistral Norton retirando sin cesar
con bayetas calientes los helados

cuerpos de las huérfanas.

145/3/1, 224

Bajo el pavellon de seda de una
de las camaras desocupadas del gabinete
y a la que el doctor habia man-
dado quitar los colchones y el tabla-
do, colocó una mesa de pino impo-
co menor que el catre; mandó lue-
go al aya que ayudada de dos don-
cellas colocase sobre la mesa los vi-

145/3/1, 225

ginales é inanimados rectos de la
dos juvenes que no se sabia si eran
ya cadaveres, poniendo únicamente
bajo sus hombros y espaldas, tendos y
mullidas almohadas. Y mediatamen-
te ordenó que sus cuerpos enteramen-
te desnudos fuesen cubiertos con una
sábana, y despues de terminada es-
ta ultima operacion, entró el doc-

tos, que hasta entonces respetados
y pudicamente habian permanecido
fuera del gabinete.

En aquel punto llamaron a la
puerta avisando al médico que dos
criados habian llegado con su encargo.

Era este una pequeña estufa con
puerta de ~~dos~~ dos tubos que en su
pedestal se reunian formando

un angulo recto, y ~~tenia~~ servian para
dar salida al calorico que se despren-
dia de ocho á diez mecheros de espiritu
de vino. Colocó Hoffmann este aparato
á los pies de las enfermas bajo el pa-
llon de la cama, rodeado opor-
tunamente con una porcion de man-
tas de lana sobrepuestas

8 Nada mas lúgubre, nada mas
sinistero que aquel reducido aposento

tan privados de la luz y en medio
 del cual como un catafalco se
 abraba el pabellon que encubria los
 frios troncos de aquellas dos criaturas
 que hacia una hora formaban el
 encanto y las delicias de cuantos los
 miraban. Ellas sobre todo tendidas so-
 bre la dura tabla aromando la
 cabera y los pies por entre el can

9

dido cendal que las cubria, pase-
 ran dos estatuas mortuorias de
 alabastro acabadas de salir de mano
 del artista. a quien este, temeroso
 de que el polvo las empañara las
 guardaba cuidadosamente. Pero
 cuando el doctor prendiendo fuego
 a las mechas de espiritu de vino
 produjo ocho manojos de amuladas

10

llamas, la escena que hasta entonces, era lígubre y melancólica, se cambió de repente en fantástica, en diabólica por mejor decir.

El trémino y sulfúreo resplandor que bajo el pabellón se escapaba, tenía todos los objetos de un color aplomado, y parecía que

cien y cien inquietas fantasmas revolaban por el aposento. Elayer y las dancellas sobrecogidas de terror, iluminadas fuertemente por un lado y por el otro, perdidos sus contornos en las tinieblas se abrazaron instintivamente y cayeron de rodillas rogando a Dios que devolviese la vida a aquellos dos

angeles de marmol. Su oración
 era muda, porque no se atrevían
 á mover los labios; pero á todas
 sin comunicarse embargaba el
 mismo sentimiento; que para el
 doctor bajo ese toldo y en medio de
 esas horribles llamas! "

Oh! es necesario que renuncie
 13 mos á pintar lo que bajo el pa

bellon paraba. No hay colores en
 el mundo que puedan retratar
 en toda su vivencia aquel horno de
 lava viva aun tiempo y melanc
 colica, siempre bullente, siem
 pre inquieta, Siempre desato
 gada. Hoffman á semejanza de
 uno de aquellos alquimistas del
 14 siglo XIV., estaba de rodillas avi

vando las llamas que tienen en
 vuestro rostro y car. villado con una
 tinta amulada le daba un extraño
 y ridículo aspecto, digno del pin-
 cel atrevido de Rembrandt, y de
 la fantástica pluma del insupren-
 sible escritor alemán que lleva
 el nombre del doctor. Este se le
 15 vanto luego anegado en todas

mirand alternativamente al ro-
 tro cardero de las enfermas y
 al termómetro centígrado que te-
 nia en la mano.

El calor se fue haciendo al poco
 tiempo tan insufrible que Hoffman
 ya no podía respirar y tuvo que
 salir del pabellón. Sin embargo, de
 16 cuando abría las cortinas, observa

ba el rostro de las pacientes, y ten-
diendo el brazo con el termómetro en
la mano miraba con avidez la as-
cension rapida del azogue. Por fin
la atmosfera quemaba: ni aun
la mano podía sufrirla y el termo-
metro señaló cien grados.

Entonces tocando un resorte del
aparato, el fuego se apagó repen-
tamente, y la habitacion volvió

a quedar sumergida casi en tinie-
blas. El doctor alargando el brazo y
pariendo a la mano con la pro-
funda atencion sobre el todo in-
quierdo de la mas joven de las dos
hermanas, dijo:

— Late el corazón, vive.

— ¿La otra? y la otra? exclamó el Dr.

Tris Morton. ¿Cual de ellas es? ¿Cual

A la que vive?

145/3/J, 238

— Ahora lo veremos, dijo el doctor, pasando al otro lado.

El médico tuvo el mismo ademán, tendiendo la mano sobre el corazón de suana sin mirarla siquiera, y á los pocos segundos la apartó tristemente, diciendo:

— En esta no ha habido reacción.

19 — ¿Que quieren decir esas palabras?

— Que ha muerto.

145/3/J, 239

Efectivamente, el cuerpo de su sana en medio de aquel horror asqueroso había permanecido impasible, frío, helado como las eternas nieves de los chubes en medio de los abrasados valles de su falda.

20 Por el contrario, la sangre de ella había vuelto, gracias á la ha

bilidad de Hoffman, a' circular por
 sus venas, y con ella el espíritu
 vital: su corazón latia aunque
 debilmente, algun tiempo des-
 pues entreabriendo apenas sus fi-
 nos y blancos labios comenzó a
 respirar, y por ultimo, aquella
 estatua de Prometeo, poco antes in-
 21 te marmorea, insensible, vol-

vio completamente a' la vida,
 al soplo vivificante de la cien-
 cia. Viendo el doctor que poco a
 poco tornasen al lecto a' los pa-
 cientes, y mientras esta operacion
 se verificaba, salio fuera de
 la camara.

Encontró solo a' lord Woodstock
 22 que lo esperaba con la mayor

impaciencia. Rafael abruma-
do de fatiga y tintando de frío,
había ido á dejar sus vestidos has-
ta entonces enjugados en agua.

— ¿Y bien? exclamó el lord con un
gesto tan significativo que no de-
jó duda al médico de todo el va-
lor de aquella lacónica pregun-
ta.

23 — Una de ellas se ha salvado; la

otra permanece catavérica

— ¿Y cual, cual de ellas es?

— Lo ignora, contestó el doctor casi in-
diferente

— ¡Dios mío! ¿que duda tan horrible! ¿por
no seris capaz de reanimar á esa desven-
turada, vos que sois tan firmemente
afirmado, vos que poseis un tesoro de
saber y de experiencia? Mirad doctor
que es inútil que voluéis la vida á

145/3/1.244
una de las hermanas si la otra
muere. Han existido siempre juntas
jamás se han separado. Si la una
abre los ojos y se encuentra con
un cadáver o con un sepulcro, ahí
creedo doctor, volverá a cerrarlos pa-
ra siempre.

25 El medico habia permanecido
durante las sentidas exclama-
ciones del apasionado lord con los

145/3/1.245
ojos clavados en el suelo, el dedo in-
dice sobre el labio inferior, con ar-
re profundamente meditando
do y exclamó luego de repente.
— ¿Cuál de vosotros era el que hace
pocos minutos ofrecia la sangre de
sus venas para salvar la vida de las
asfixiadas?

— Yo, yo le interrumpió el noble lord
26 en voz baja y con una generosa

mentira; yo he sido, volví a repeti-
 tir, y brilló en sus ojos un rayo de eye-
 raura.

— Miradlo bien, ha llegado el caso de
 cumplir vuestra promesa; ¿estáis re-
 sueltos?

— Lo dudáis, doctor? Entremos, no vaci-
 lemos un instante, abrid mis venas,
 daré mi vida en cambio de cual
 27 quiera de las dos hermanas; porque,

no lo dudéis, ó conservamos a las dos,
 ó las dos mueren.

El doctor volvió a insistir.

— No dudo de vuestra generosidad, pe-
 ro mirad que los remedios que voy
 a practicar son nuevos, son estre-
 mos, son desesperados.

— Eso lo habéis de consultar con
 vuestra conciencia.

28 — Pues en el nombre de Dios, entre

mos y manos a' la obra.

El lord tuvo la precaucion de avisar a Rafael que las dos hermanas se habian salvado.

¡Cual fue el dolor del infortunado Woodstock, cuando comprendió con una rápida mirada que la joven que permanecía aun por la de la muerte, era su querida Susan!

El medico sacó inmediatamente un largo estuche de tafete verde que desenvolvió sobre una mesa: co-
gió un afiler magnético, largo, ^{delgado y} inflexible, ~~extremadamente agu-~~
do, compuesto de tres metales distin-
tos y se dirigió hacia el lecho de Susan.

30 — ¿Que vais a hacer? dijo el lord.

— A traspasarla el corazón, antes
to secamente el facultativo
— Dios mío! la haréis sufrir horriblemen-
te.

El doctor se sonrió de este absurdo fi-
siológico, tan natural por otra parte en
una persona amante, aunque ilustra-
da, y contestó ^{después} tristemente:

— ¡Djálala!

21

La primera parte de la operación

que iba á practicar el facultativo, y que
técnicamente se llama acupuntura, es
muy sencilla, consiste únicamente en
traspasar con una alfiler magne-
tica, y con mano tan rápida como
segura, el corazón del asfixiado.

El doctor lo hizo con tanta firmeza,
con tanta prontitud, como modestia.

22

El cadáver se suena inmediata

mente después de verificada la pun-
cion, sintió un estremecimiento galvani-
co, mas contracciones nerviosas seme-
jantes á la que experimenta la ra-
na en la pila voltaica.

— ¡Oh! ¡vive! vive! es muerta! soy un
angel soy un Dios! exclamó lord Woodstock
arrojándose á los brazos del médico.

33 — Silencio, no os entreguéis á vanas de-

mostraciones de alegría. El cuerpo ha
vuelto al movimiento orgánico; pero no
á la vida. Vos solo podéis dar la vida
dada.

El lord miraba á Hoffman como á un
bravo; le escuchaba ya como á un ora-
culo y sin poder articular una sola
palabra, con su ademán le indicó
que podía obrar con el á su anto-
jo, que era una maquina docil un

instrumento mas de su estuche.

145/3/1, 254

El doctor abrio' una de las venas de
Susanas y otra de lord Woodstock; despues
que corrio' por algun tiempo la sangre
de la primera, lleno un instrumen-
to cilindro con la de lord y fue introdu-
ciendola por la vena abierta de Su-
sana. Esta operacion se renovo' por
35 tres veces al cabo de las cuales, el

corazon hasta entonces paralizado de
la huerfana, comenro' a palpitab; y se
dieron poco a poco sus facciones la
rigidez cadaverica, y por ultimo tan-
to' un debil quejido que resonó en los
oidos del enamorado lord, como el
primer lamento del primer tipo re-
cien nacido en el corazon de una
36 madre.

145/3/1, 255

Fueron describir el inefable gozo
 del amante, las infantiles caricias
 que prodigaba al doctor, las lagrimas
 de alegría de ministros e Hurtos y de
 las Dancellon, y la noble y grata sa-
 tisfacion que sigue siempre al buen
 exito de una empresa arriesgada
 37 es empeñarse en lo imposible: di-

venos sencillamente que el me-
 dico cerró las venas del lord y de su
 sana, mandó a este que se retirase
 a descansar, prescribió el mas com-
 plete sosiego y moderado abrigo a
 las enfermas y se marchó a poco
 mas de media noche, colmada de
 las bendiciones, aplausos y admira-
 38 cion de toda aquella casa.

Mitris Murton, Mister Sandman,
y una doncella, se quedaron velando
a las enfermas, y en un aposento
muy retirado de la misma casa,
se acostaron los dos amigos que por
salvar a las enfermas habian
comprometido su salud.

A este aposento conduciremos

39

ahora al lector.

En un pequeño gabinete ten-
cillamente amueblado, se veian las
camas de los dos amigos, tan solo se-
paradas por una pequeña mesa de
mármol, sobre la cual ardía un
quingre, cuya viva luz templaba
una opaca pantalla verde.

Rafael pradoramente engu-

40

nada por tu amigo, acerca de la
 salud de las dos hermanas para
 obligarte a meterse en el lecho an-
 tes que aquellas casi milagro-
 samente hubiesen vuelto a la vi-
 da, esperaba con inquietud albor-
 otada en una multitud de
 extraños pensamientos cuando es-
 te entró apoyado en el brazo de su

ayuda de cámara con la co-
 lada y el brazo izquierdo ven-
 dado.

— ¿Tú es este Milord, que tienes? es
 clamo Rafael.

— Somos felices, amigo mío, soy el más
 feliz de los hombres, las dos herma-
 nas acabaron de recuperar la vida,
 gracias a tus heroicos esfuerzos y gra-

cis a' la milagrosa ciencia del
 doctor Hofmann, y gracias... lo
 dire' aunque sea fatigando a la
 modestia, gracias a' una buena
 parte de la sangre de mis ve-
 nas, que ya circula por las ve-
 nas de mi querida suana, di-
 jo el lord, con cierta entona-
 43 cion de orgullo y de entusiasmo

Amoroso.

— Fue aca ban de recobrar la vi
da, repitio' oualle; luego, me ha-
 beris engañado?; luego hasta ahora
 he sido victima de una cruel
 supercheria? anadio' tentando
 se en la cama con la violencia
 de un muelle de acero, que
 44 doblado a' viva fuerza, recobra

145/3/1, 264
con impetu en ~~su~~ ~~forma~~
primitiva forma.

— Si, amigo, ha sido víctima de un
inocente engaño necesario, indis-
pensable para tu salud.

— ¡Cielos! ¿y lo seré inevitablemente?

— Mira ~~tu~~ mi semblante, Pa-
fael, y tranquilízate.

45

Mientras el ayuda de cámara

145/3/1, 265
del lord le ayudó a' desnudarse,
este cantó a' su amigo las dos
operaciones tan atrevidas, y pro-
píamente practicadas por el doc-
tor Hoffmann, y apenas quedaron
solos, cuando la conversacion se
temida vivamente a' despecto del
mandato expreso del facultativo.

46

Tomó un giro mas animado y con
fidencial

— Con que me amas, mi amor; con
que me amas! exclamó Rafael
¡Eas palabras que me refieres, esas
palabras que dices haber escuchado,
no han sido una ilusion de tu
fantasia? no es un terrible en-
47 sueño, dulce a' veces y seductor

cuanto nos ha pasado esta noche?

— No, amigo mio, no: yo la vi, yo

la oí exclamar con un acento

que sabia inmediatamente de

un corazón desesperado: «he per-

dido a' mi hermana, he perdido

al hombre a' quien adoro, ¡que me

resta ya en el mundo?»

- Calla, por Dios, ca, ¡tú amigo mío, q.
me matas de gozo, te interrumpo
¡Rafael que daba saltos violen-
tos en el lecho como un tigre que
juguetea con ^{su} presa en la are-
na del desierto.

- ¡Y ~~ahora~~ ahora que pienso ha-
cer?

49

- ¿Que pienso? vi, vi, vivir siempre
para mi amada, para hacer su
dicha, para labrar su felicidad, vi-
vir por ella y para ella. Cobardes
fueran ya mis escrúpulos, necias
mis antiguas preocupaciones. Solo
existe para mí una cosa en este
mundo, y es el amor de Anita;

50

solo tengo un ~~at~~ anhelo, y es el de
 hacerla feliz. Ven tu generoso ami-
 go, tu que has tenido valor para
 dar tu sangre por humana, ¿po-
 drás permanecer en ese estado de
 reserva, de expectativa, de resi-
 tencia que te pone un orgullo
 mal entendido?

— La exaltación, Iovalle, es una
 enfermedad contagiosa: he me
 aquí participante ya del fuego
 que te devora: he me ya resuelto
 a revelar mi comprimido amor
 y en ocasión oportuna a mi que-
 rida humana. Yo no soy tan afor-
 tunado como tu; aun dudo que

145/3/1, 272
pueda corresponder á mi amor,
pero... qué se yo...? sera una
preocupacion, te lo confieso, pero
~~que~~ despues que el corazon de tu
sana esta herido de un san-
gre, creo que esta le ha de hablar
en mi favor, y me prometo
53 un exito venturoso. De todas ma-

145/3/1, 273
nasas estoy resuelto á pedir la su-
mana.

El ayuda de camara de don
Rafael, pidio desde afuera licen-
cia para entrar al gabinete, y obte-
nida apenas, puto en manos de
su señor un billete que con to-
da urgencia le habian mandado

Entregar

145/3/1, 274

Abriólo este sobreratado, y leyó
para sí las siguientes líneas

"Haberis salvado la vida de los dos
hermanos, pero querrá preferiréis
muy pronto que hubiesen queda
do sepultados en el lago. ¿Una o
otra con pasión y furiosa con
delirio. Si preferis á la una, aseei

145/3/1, 275

nais á la otra, y de todos modos la
bram la desgracia de vuestro me
jor amigo, que no será nunca corres
pondido por Furia.

— ¿Quién ha traído esta carta? pre
guntó Rafael al criado con atreva
do acento.

— Un moro que se alejó inmediata
mente

— ¿Que es eso, te dan alguna mala noticia?

— No, dijo Rafael a su amigo, me avisaron que si quieres partir, sale esta noche un carruaje para Besançon; y al decir estas palabras, apagó Rafael la luz para ocultar su turbación profunda.

87. Todo quedó sumergido en tinieblas y en silencio.

Capítulo VI.

El delirio

Extrañas mudanzas habían ocurri-
do en el hotel que daba vista al
lago, y tres días después de los terri-
bles acontecimientos que tan fie-

ramente conyux metieron la exis-
tencia de las dos hermanas. Estas
se hallaban ya en quietud y pacifi-
ca posesión de las habitaciones enq.
antes moraban sus generosos ami-
gos que ahora descansaban en el ho-
tel de Paris.

Esta medida fue dictada por la
prevención y prudencia del doctor ~~Fla~~

Hoffmann, que no juzgó posible ni
 buenos consiguientes, la traslación
 de Suana, que si bien había reco-
 brado la vida, merced á los esfuer-
 zos desesperados y casi milagrosos
 de la ciencia, también es cierto
 que recuperar la vida no es re-
 cobrar la salud. La de la mu-
 3

mana tenía aun alarmados á to-
 dos los que bien la querian, y lo
 que es mas aun las alarmas se
 extendian al mismo facultati-
 vo.

Aun que solo había tenido una
 asfixia por immersion, no com-
 plicada por otro accidente grave

después de una prostración y languidez que le duró dos días, al tercer día estaba completamente restablecida. Sin embargo; en donde está aquella niña de 17 años, de frescas mejillas, color sonrosado, alegre y bulliciosa? Oh! la transformación sufrida por el asma

via al lastimar, quebrantaba el mas duro corazón. Parece que el bautismo de las aguas habían impreso el sello del dolor en su semblante y un nuevo carácter en su alma. Su rostro perdió aquella morbida redondez que le daba una expresión infantil, los huesos

los de tus mejillas forman án-
 gulos tan severos como los de
 un cadáver, y tus ojos se han
 agrandado, ~~tan~~ trocando tu an-
 tigua vivacidad por una expre-
 sión tierna y melancólica
 del dolor que lucha y se reñe
 y muere.

Sin embargo en vida orgáni-
 ca, tu vida material era per-
 fecta; es preciso buscar más
 adentro la causa de tu prostra-
 ción, ¿que es lo que ponaba en
 el fondo de tu alma?

Los dos amigos iban con mu-
 cha frecuencia a tu antigua

fonda, casi no salian de ella
 sino para dormir, porque ja
 mas e trita consintio en que
 se quedasen a velar las enfer-
 mas, ni aun acompañados de
 Mitris Murton: su amistad
 anterior al tragico suceso del
 lago, y sobre todo el valor he-

roico que uno de ellos parti-
 cularmente habia mostrado
 en tan criticos momentos, le
 daba derecho a ser considera-
 dos ya como individuos de
 la familia; mas aun, porque
 no hay laros tan fuertes en
 el mundo para las almas.

nobles como la gratitud y la
 desgracia. Aun, sin embargo,
 no permitia que ni un solo
 instante volvieran a ver a su
 tania, y siempre los recibia en
 una pieza bastante separa-
 da por dos o tres que pro-
 hibian entre aquella y el ge-

binete de la enferma. El aya
 sola y el Sr. Sandiman con una
 de las doncellas de mas confian-
 za, eran los unicos que, ademas
 de Anita, penetraban en la
 camara y nose apartaban
 de la cabecera de la enfer-
 ma. Todos ellos expresio con

ferarlo, estaban vendidos, unidos de nuevo y de fati-
ga, después de Tres días y medio de conti-
nuas agitaciones y de incesante desvelo. ¿Que pa-
saba pues en aquel gabinete con tanto afán, con
tanto misterio custodial?

Actua, la apasionada vida que en un mo-
mento de desesperacion poco antes de amo-
rarse a los olas en pos de tu tumba, notia
13 bien titubeado en hacer pública confesion del

amor que devoraba sus entrañas, lamrándola
como un lega- do, como una disculpa de
su criminal arrojo, ¿como recibe ahora a
Rafael, al idolo antiguo de su corazón? ¿pre-
cisa ver de cesar su sombrío rostro, sentir toda
la sequedad de sus palabras para dar credito
a tan súbita transformación? ¿Quien sabe?
¿Girará los ojos del lago de estenofratel

145/3/1, 291

son como las de la laguna Estigia, que bor-
ran de la me- moria las huellas de lo pa-
sado!; Guiza los que renacen a manos de la
ciencia reciben una alma nueva que par-
ticipa del hielo que infunde el saber, un al-
ma menos perfecta que la creada inmedia-
tamente al soplo de la divinidad!

El lector, si tiene paciencia de conti-
nuar leyendo los mal tratados renglones

145/3/1, 292

de nuestra verídica historia, conocerá muy
bueno estos mis- terios más que preste
atento oído a la conversacion de Anita
y Rafael, solos hoy carnalmente en la sala
de recibos.

— ¡Oh! sentí ya mas aliviada Miss Anna?

— ¡Oh! si... casi del todo aliviada.... Y te me

figura que antes de pocos dias habré cesado
enteramente de padecer, respondió la joven,

145/3/1, 293
contrayendo sus facciones descarnadas como
para fingir una dulce sonrisa.

Un rayo del sol que ilumine súbita-
mente el rostro de un cadáver es menos
triste que era lugubre sonrisa artificial
que pasó rápidamente por los labios de
stunta.

14
Por fortuna la claridad que penetraba
en el aposento por su única ventana

145/3/1, 294
tenía que atravesar un doble cortina-
je de raso azul y de muselina blanca.
Don Rafael no podía observar este ni otro
matiz en la expresión de su querida.
— ¿Mia Susana?

— Susana no ha recobrado aun el uso de la
razón... Susana desconfía.

18 Esta vez el acento de amarga envidia
con que pronunció la huérfana las últi-

145/3/1, 295
mas palabras... Humana descomsa, iniciaron
en Rafael un efecto extraordinario como
si de improviso experimentase el sacu-
dimiento que produce una máquina
eléctrica.

— ¡tenéis razón... es verdad!; Felices los que
duermen! Y cuando los dolores han de ser
eternos, felices los que duermen para
19 siempre.

145/3/1, 296
— Siendo esto así, abrigando vos esas con-
vicciones, que parecen salir del fondo
de vuestro corazón, replicáis ahora como
vida, ¿por qué me privaréis a mi de ese
fúnebre consuelo?; Por qué os precipitasteis
exanimado y casi sin aliento con riesgo de
vuestra vida, por qué os precipitasteis a dis-
putar al sepulcro la presa que gustosa
no se le entregaba?

145/3/1, 297

— ¿Porque, sin Ana? ¿Porque? Me pes
mucha que lo digas. contestó Rafael entrando
después ese tono de exaltación que casi le
era habitual al hablar de sus amores.

— Si, si; decídselo.... exclamó la buena mujer
nada por la mirada de fuego del español.
Su acento era entonces tan aterrador que
apenas pudo comprender el amante sus
palabras. Sino por el movimiento de los

145/3/1, 298

labios. Sin embargo, sobreponiéndose repen
tinamente á aquella debilidad añadió
en voz firme y tesa:

— Pero no... no digais nada... ¿para que? Los
sentimientos generosos propios son de la natural
guia española... su caballerosidad con las da
mas es proverbial en todas partes, así co
mo lo es la profunda gratitud de los in
gleses.

145/3/1,299
— No, mis señores no: he de hablar por mas
que vuestro precepto impronga un sello
a mis labios, por mas que mal intencio-
nados rivales, envidiosos tal vez de una
dicha que presumen, quiescan hacerme
guardar silencio con viles amenazas que
desprecio...

23 Su viridada no se sentia con fuerza
suficiente para luchar con un enemigo q.

145/3/1,300
tan andar y bruscamente comenzaba el ata-
que, porque levantandose y en ademán de
salir de la sala, dijo:

— Permittedme.... caballeros... tal vez mi ~~hermana~~
hermana....

— No, no: acabais de dejarla en un esta-
do tranquilo, hace pocos minutos que es-
tai conmigo; el señor el señor es aviaría

de cualquiera novedad, y yo no os quiero
detener tampoco mucho tiempo. Es pre-
ciso que me escuchéis.

Aña permaneció en pie; pero no
dio un paso mas hacia la puerta
— esto atribuyais a generosidad, a esfuer-
zos de hidalgüia, continuó Rafael, lo que
fue un acto de egoismo, como lo es el de

25

perder su propia vida amenazada por
el puñal de un asesino; vuestra existen-
cia ~~amenazada~~ es necesaria para la mia,
sin vos todo me sobra en este mundo, y yo
digo al fondo de un lago, fino al me-
dio de las llamas me precipitan por
arancanos de las garras de la muer-
te. ¡Aña! os amo y os amo con tan

26

to mas delirio, cuanto que hace dias estoy
luchando a' braso partido con esta pasion
que sera la unica de mi vida

— Callar, callar por Dios, Rafael.

— No, no debo callar. Tengo derecho a
hablarme hoy por primera y ultima
vez, porque mi amor no exige de
vos sacrificios algunos no exige siquiera

27

correspondencia. Vos abismo me separa de
vos; el abismo que media entre un angel
y hombre, entre una rica heredera y un
emigrado sin hogar y sin familia, en
tre dos hombres de distinta religion; pero
esto; que importa para que yo os adore,
para que os siga unida y repetitiva,
para que de la vida por defender mis

solo de nuestros cabellos, para que rue
 que a Dios incensantemente que os con
 ceda toda la dicha, toda la ventura, toda
 la felicidad que a mi me ineque? La
 bes que es amo, que seas para mi un
 objeto de adoracion, la luz de mi opor,
 la esperanza de mi vida, mi patria,
 29 ti, mi patria inspirada, mi familia

perdido; sabedlo, decidme que lo creéis,
 y esto solo bastará para que os ben
 diga hasta mi ultimo suspiro.

etna debia sufrir violentas y terri
 bles commociones, porque no puden
 do sostenerse en pie tuvo que ~~tudo~~
 sentarse en el sofa.

La palidez de sus mejillas habia

desaparecido largo rato hacia, sus turgentes senos retumbaban como dos cervatillos abandonados por su madre.

— Pues bien, dijo en voz tremula y pausada, pues bien, si... oh... creo... pero no os amo, añadió de repente, levantándose al punto y echando a andar hacia la puerta.

31/ Dualla qued' como aturdido, como

herido de un rayo no sabía lo que le proponía, no sabía si todo aquello era un sueño, una vana ilusión de su fantasía.

Lo que ahora tan vehementemente le acababa de decir que no le amaba; no era la misma que creyéndole muerto con su hermana, no queriendo sobrevivirles se había arrojado al lago

32/ confesando su amor?; Cuanta pasión

no era preciso abrigar para adoptar casi
magnimamente resoluciones tan deses-
peradas?; Había cometido Rafael algu-
na imprudencia que la hubiese hecho
arrepentirse de su debilidad? Ninguna;
caballero, todos los como siempre, su ma-
destria y su delicadeza vagaban en lo estre-
mo.

33

Este mar de confusiones en que

fluctuaba la imaginación de Rafael,
fue bien pronto iluminada con un rayo
de claridad completa

Missis Morton entró precipitada
en el salón al tiempo que ella iba
a salir

— Señorita, señorita, le acaba de repetir
el ataque

94

— Pronto, vamos pronto... perdona, ca

ballens.

145/3/1,311

— Este caballero debe venir con nosotros.
Tras....

— ¡Imposible!

— Mr. Vandeman no está en casa, ha ido en
busca del doctor.... las mujeres solas no po-
demos... sujetarla... el ataque es fuerte
más fuerte que nunca

35 — ¡Cielos! ¡que fatalidad! exclamó Anna....

145/3/1,312

¡Pues bien... los sabreis todo, prosiguió, venid.

.....
.....
Todos tres entraron en el gabinete de la
enferma.

Estaba esta sentada en la cama y cubier-
ta con una chambera de batista guar-
necida de encajes, más blanca que la nie-
ve. Una criada la sujetaba penosa

36

mente con ambas manos. La ropa de la
cama estaba en el mayor desorden, la
luz del medio día que penetraba por la
ventana y le daba de frente permitía
ver su semblante desencajado, atterna-
tivamente pálido y encendido, los ojos
violentamente cerrados, como si la luz ~~le~~
ofendiese, reclinaba la fuertemente los
314 dientes produciendo el sonido de dos mas-

molas que se chocan, los labios blancos
o cardenos arrojaban, una ligera espu-
ma: todos los nervios y músculos de
la cara y del cuello parecían duros,
inflexibles, tirantes como de acero.

¡Ah! no podía darse contraste más
horrible que el de aquel rostro de
furia con el semblante de la Venus

38

de Pidióse de la semana anterior.

39 Cuando entraron, su hermana, el
aya y Rafael, llevaban suana terribles
ahullidos que cesaron así que Anita
cerró prontamente la ventana de ja
do la habitación casi á oscuras: abrió
entonces los parpados descubriendo
grandes ojos inflamados que parecían

que versele salían de su órbitas. Mis
tris Norton mandó á Rafael q.
la sujetase por detrás, la doncella
le sostenía los pies, y el aya y el
nieta colocaban sobre su frente tem
peros de hielo.

40 Una de las botellas que estaban
sobre la mesa cayó por casuali

dad al suelo estrepitosamente, y
 Inanna, queriendo llevar las ma-
 nos a sus oídos, lanzó un grito de do-
 lor agudo, y comenzó a sacudir violen-
 tamente todos sus miembros. Las cua-
 tro personas que la rodeaban apenas fueron bastan-
 tes para contenerla.

En medio de aquellas horribles convulsiones

pronunciaba palabras confusas, sonidos inas-
 titados que parecían salir del fondo de
 su corazón, y luego abría desmesuradamente
 sus frías manos, elevando sus ojos en un ángulo del
 gabinete con profunda expresión de terror:

— ¡El es!... ¡el es!... exclamó, con voz medrosa y tene-
 ca... vedlo, allí está!... En aquel rincón oscuro... lo
 veo... ¡vedlo!... Bradshaw!... Quiere asesinarme...
 ¡Piedad!... ¡Compañero! con el mismo funeral con que

mató a' tu hermano...; Walter!; Walter!; Ah! yo
 no le amaba, no!... Yo no he sabido lo que es amor
 hasta que he visto a Rafael! Dese a' ti, Walter, te
 distinguia entre todos...; eras tan hermoso!...; ¿qué
 culpa tengo yo de tu muerte?; Déjame! ¡Soy
 tra irritada, déjame!; ¿qué te yo de tu sangre?
 Demándasela a' tu hermano... a' tu celoso her-
 mano que ha jurado mi muerte... Rafael; lo

43

ves?...; defiéndeme, valeroso español! Nadie es
 capaz de amarte como tu...; ¿qué alma tan
 bella!; ¿qué corazón de fuego! Arcos con tus
 labios y dardos tus palabras que se enrojecen
 con el pasar!

La expresión de la enferma cambió en
 tonces de repente: sus erizados cabellos caían
 en lánguidos rios de oro, sus ojos brillaban

44

con con apacible lumbré, como la
 estrella de amor en medio del azul de
 los cielos, y en voz dulce y suave como
 el susurro del aura entre las flores, pro
 figuró diciendo:

45
 Cantame una de tus bellas canciones... la
 noche es serena... ¿lo ves? la barca se des
 liza blandamente por las ondas, esta

nos solos... la luna nos mira...; Rafael
 vivo!; Cuanto te quiero!...; si me parece
 que te quiero mas que a mi Madre!...
 ; Si así no me acuerda de mi madre!; Lo
 vemos los dos... pidamos a Dios juntos por
 ella, y a los dos juntos ella nos bendecirá!

46
 Las convulsiones de Juana habian
 cesado: torrentes de lagrimas se desprecian

daban de sus ojos y su semblante habia adquirido una perfecta tranquilidad

Todos los circunstantes la acompañaban en el llanto...; todos! menos su hermana.

Su dolor era demasiado profundo para que siquiera tuviese el consuelo de poder llorar.

47

Rafael no atreviéndose a levantar los ojos del suelo de vergüenza y de pesar, se acercó a la mas joven de las hermanas cuando esta se habia separado un poco de los demas.

— Todo lo comprendo le dijo apretandola afectuosamente la mano.

— ¡Veis ese profundo amor que devora

48

las entrañas de mi hermana! Pues
 es una sombra del vivo, es un pálido re-
 flejo del que os tendré hasta la muerte,
 si consentir en ser esposo de Susana.

— ¡Esposo de Susana! Yo... que os amo!

— Si; por lo mismo que me amais

— ¿Vos, y el lord?

— Si el lord los ama debe sacrificarlos

49

por su felicidad como yo me sacrifico.

Entró entonces el doctor Hoffmann ob-
 servó a la enferma que había caído en
 un estado de ^{completo} idiotismo y estupidez. Le
 miró los ojos abiertos y no veía.

Informado el docto facultativo de los
 Accidentes de la misma crisis se diri-
 gió a don Rafael y le dijo:

50 — Es preciso que no salgais de este recinto,

que os dei a' conocer a' la enferma
 cuando la acometa un nuevo delirio, que
 la acariciéis hablándola cariñosamente,
 con esto y un régimen antiflogístico #
 por el pronto, y largos paseos distra-
 ciones, cuando este en posibilidad de
 levantarse. Responded de la salud de
 81 la paciente: ¿Prometeris hacerlo?

Don Rafael guarda silencio; fija los
 ojos en elvita, y una mirada de esta
 le obligó a responder:

— Haré cuanto se me manda.

Volvió a mirar a' su querida que es-
 taba entonces radiante de gozo y de her-
 mosura.

Capítulo VII.

Resignación y muerte.

1) Tiempo es ya de que volvamos la
 vista atrás para que conozcan nues-
 tros lectores al terrible y melodrama-
 tico personaje que tan constante y

obstinadamente se empeña en perse-
 guir á la mayor de las hermanas.

Algunos meses despues del Ami-
 nante Ralph, la salud de las herma-
 nas se habia resentido con tan funes-
 to acontecimiento, y acompañadas
 de su buena tía lady Sinclair, fueron
 2.ª a tomar los Baños de Brighton, mo-

de los pueblos mas pintorescos de Inglaterra, situada en la costa del canal de la Mancha a unas veinte y tantas leguas de Londres, desde cuya ciudad cual se va actualmente en dos horas por el camino de hierro. Brighton es el Baden de Alemania, el Bagne de Francia, el Santa Agueda de

Espona, es decir, el centro y reunion de la sociedad mas elegante y aristocratica del pais durante la temporada de baños. Los señores de Benyon y su tia se habian hospedado en la magnifica fonda del Black-horse donde tambien se albergaron y dos hermanos llamados Quattens y su

Herms Bradshaw (Walter y William) que
 desde Londres venian en pos de la
 gentil Amanda, cuya hermosura real
 dada entonces por el luto, era sor
 prendente deslumbradora. La llega
 da de Amanda (otra entonces era
 muy viva por la llamada la aten
 cion) alarmó a todas las hermosas

elegantes de Brighton, fue objeto de
 la conversacion en los mas elevados
 circulos durante algunos dias; y el
fastidioso que por su dicha daba
 algunos parmenores acerca de la fa
 milia, antecedentes, i bellerca de
 la hermosa enlutada, este mor
 tal felix era enuchado con la mas

Religiosa atención mientras se toma
 ba el the; y concluida su relacion ten-
 dia sus miradas esperando mo-
 llos de aprobacion de la silenciosa
 muchedumbre. Finiere decir, que la
 hermanura de Juana era no solo ma-
 cosa real y efectiva, una cosa indis-
 7 putable, sino lo que mas importa

era una cosa de moda.

Con estos antecedentes no se extra-
 ñará que todos los fashionables debie-
 sen los vientos por atraer su atención
 y que si alguien conseguia que por
 dos segundos se fijasen en el aque-
 llos ojos grandes como los que Ho-
 8 me se daba a la Reina de las Diosas

aquel desvanecido mortal era te-
 nido, era admirado, y sobre todo
 era provocado á dos ó tres duelos por día.
 ; Invidiable criatura! Pero es el caso
 que su fama á quien continuamente
 te zumbaba en tus oídos el aura
 de la honra y de la admiración,
 9 aparecía muy poco en público, ya

por sistema de educación, ya tam-
 bien por el luto que mas bien que su
 cuerpo cubria su corazón. Solo William
 y Walter que los conocian anterior-
 mente y algun otro afortunado ge-
 nio que tenia la dicha de ser hijo de
 un amigo intimo del difunto al

viviente, ó de un cuarto primo
 del esposo de lady Sinclair, podían
 penetrar en el sancta sanctorum de
 la fonda Black-horse; es decir, en las
 habitaciones n.º 2 y 3 ocupadas por la
 tía y las sobrinas y servidumbre res-
 pectiva. Los demás se contenta-
 11 ban ó tenían que contentarse

con verlos subir y bajar del coche
 que los conducía a los baños, y tal
 vez en la iglesia donde soñaban oír a
 un hombre y activo predicador pro-
 testante que tenía nada menos
 que cinco hijos y seis hijos de su
 legítima amante y conjunta
 12 persona, que a la sazón estaba

embarazada sin duda para com-
pletar la do cena.

Como todo esto comprendas en
este mundo, los que tenían pa-
ciencia de aguardar que las niñas
subiesen o bajasen del carruaje,
alcanzaba a ver lo que estaba ve-

13

das a' los hijos mimados de la
fortuna que penetraban en el
numero 2. y 3. de la fonda. Aquellos
divisaban bajo doble toldo negro y
blanco de lana y de batista y se-
voraban con los ojos el pie mas
lindo que ha pisado aquellas pla-

14

gas; un pie que parecía modela
do por la huella que dejan las ga
ditomas en el arsenal del muelle.

El corazón de la joven perma
necía insensible a tantas adora
ciones a tantas pasiones mas ó me
nos profundas como el escollo
18 en torno del cual se agitan tem

pestuosamente las olas del Ocea
no. Una de aquellas, acaso la
mas honda y violenta de todas, era
la que ardía en el pecho de Mr. Wi
lliam Bradshaw que por su carácter
excentrico y sombrío excitaba la avers
sion de la hermosa huérfana Wal
16 ter su hermano por el contrario

de condicion dulce y apacible amaba a' su madre con la mayor ternura con singular cariño, y entre todos sus adoradores era el que menos deseos experimentaba. Su figura sin dejar de ser varonil era en extremo agraciada. No tenia otro defecto, disculpable por cierto en sus

pocos años, que el de felicitarse con harta ligereza y presuncion delante de algunos amigos y sobre todo con su hermano, de merecer alguna mirada y tal cual dulce y amable sonrisa de aquella activa deidad que se humanizaba hasta el punto de ver sin desagrad las bisonjias

145/3/1, 347
que el mismo Adam le prod-
gaba.

Animaronle sus amigos á que
hiciera una declaracion en regla,
tal vez con la depravada inten-
cion de casarlo para experimen-
tar si lady Bradshaw era tan seve-
ra é inaccesible como ellos tina-

na Ralph.

145/3/1, 348
William le habia cobrado una pro-
funda aversion: los celos, ó por me-
jor decir, la envidia corroia sus
entrañas, tanto mas cruelmente
cuanto que la hermosura que al
parecer favorecia á Walter, le
miraba con espanto y enuchaba

con horror sus ardientes declaraciones de amor.

Una noche salió Walter de la habitación con animo de subir a la de las Inesfanas que le habían convidado a tomar el the, y previno a su hermano que por fin iba a declarar a ~~su hermano~~

Amador su atrevido pensamiento.

— Pues bien, le dijo William, te aguardo aquí para que después de tu entrevista vayamos a dar un paseo por la orilla del mar.

— Oh! si, le respondió Walter, tu serás el primero a quien cuento

la felicidad que me aguarda.

Subió el presumtoso joven al
cuarto de lady Sinclair, y después
de una hora volvió a reunirse
a su hermano con la color tur-
bada y profundamente penati-
do.

23 — ¿Fue tal? ¿eres feliz? le dijo William

— ¡Oh! sí... como me lo prometía.

— Pues salgan.

Los dos hermanos salieron a
paseo y llegaron por entre ve-
geles y jardines hasta la orilla
del mar. La noche estaba se-
rena y apacible.

24 — Así que llegaron a un para-

ge oculto y retirado le dijo William,
 cansancio de la rabia interior
 que procuraba reprimir

— Vamo, cuentame como ha re-
 cibido Inma tu declaracion

— Yo te diré...; bien! Oh! muy bien!
 era cosa sabida... de ene. Me ha
 encargado el secreto... pero ella... se

Conoce.... está muerta por mí...

— ¡Infelir! exclamó William, nota
 bes lo que te dices... yo la amo con
 delirio.... con furor.

— Tanto peor para ti.

— ¡Miserable!

— Pa! pa! ¿querías competir conmigo!

25 — ¡Calla, infelir! mira que prostan

ción tu sentencia de muerte.

— Pero, hombre, si ella te detesta, ¿le haces tan poca gracia...!

— Pues bien: no gozarás mucho tiempo de tu dicha.

Viose entonces al claro de la luna relucir una hoja de acero, y Walter cayó bañado en su propia sangre, como el
26 altivo corzo cuya refania rinde la

flecha del carador. El fratricida apartó los ojos de ~~de~~ aquel sangriento espectáculo; pero quedó inmóvil de terror como si el recordamiento hubiese helado la sangre de sus venas.

— ¡Vencha... hermano mío... le dije el desgraciado Walter con voz débil, yo te perdono... este crimen... mía es la
27 culpa, que no tuya... ¡Vencha... favore

cido por alguna muestra de afecto de
Susana, alentado por mis amigos que me
miraban con envidia, me atreví a de-
clarar mi pasión á Susana. pero mi
suerte ha sido la de los Demos... me ha
herido sin odio, con calma... casi con
compasión... pero me ha dicho que no
me amaba.... que sería mi amigo
28 siempre... pero jamás, oh! si... jamás mi

esporar...; Ay! he tenido vergüenza de
decirte la verdad... mi amor propio se re-
sentía... de hacerte esta confesion despues
de mi jactancia... y... temeros... temeros...
amando á Susana, y perdonandote... por
que.... la amas...

El aserino no pudo contestar una
sola palabra y permaneció mucho rato en

en estado de completo estupor al lado
del cadáver de tu hermano.

En aquella misma noche á bordo de
un vapor francés que salía para Calais,
escribió á Emma estos renglones sin
fecha ni firma:

20 "He muerto á mi hermano á
quien creía favorecido ~~—~~ por vos: me

tra conducta ligera con Walter, al par
que dura y cruel conmigo, me daba
margen á creer correspondidos mis amor
res. Vos y yo tendremos que respon
der delante de ~~vos~~ Dios de tu sangre:
ambos hemos causado su muerte.

31 He jurado la vuestra para aplacar
tu madre. Os seguiré á todas partes!"

Después de tan horrible catástrofe
fery de haber recibido humana es
ta carta anónima, no volví a saber
mas de William hasta que vió escrito
en el album de la isla de San Pedro aque-
llas amenazadoras palabras, que tan
profunda impresion le causaron.
Este era el misterioso batelero del lago

de Senfchatel, acompañado de su
fiel criado Tom; es este el que escribió
a Oualle aquellas fatales renglones,
que turbaron su dulce coqueto con su
amigo Woodstock; y este, por fin, quien
sabeedor por los medios que tu perre-
verancia y astucia le proporcionaron
de la resolución heroica de su az

Ovalles, vino llegar a' manos de Susa-
na la siguiente carta:

"te crees feliz. Anas y piensas que
"eres correspondida... tómate el trabajo
"de sorprendes una conversacion entre
"tu hermano y D.^o Rafael de Ovalle,
"y mira si eres tan egoista que quie-
24 "res seguir disfrutando de una dicha

"que cuéntala de dos personas que
"vivas"

Era el día octavo de la enferme-
dad de Susana, cuyo frenesi había ter-
minado, gracias al régimen prescri-
to por el facultativo y á los blandos
halagos de Rafael. Por primera vez se
35 había levantado la enferma, y

o debil en extremo toriose al lecho
vestidor, y dot ^{una} profundamente
o cuando menos aparentaba dormir.

Don y Rafael salieron silencio-
samente del gabinete entornando
las puertas para dejarla sosegada al
gun rato, y se fueron al salon de
recibo.

26

Al poco rato la mayor de
las hermanas se incorporó en el
lecho, sacó de su seno un papel arron-
gado que leyó y relejó mil veces a la
medialuz que penetraba en el aposen-
to; pareció luego meditar un rato, y
de repente con un brío, de que no
se la hubiera creído capaz, se arrojó

27

del lecho y permaneció de pie, aun
que apoyada en una mesa. Luego se
adelantó hacia la puerta del cuarto,
y al levantar la falleba, se detuvo y
retrocedió hasta la mínima cama.

Estaba luchando con una idea ter-
rible, y según la atteración de sus
38 facciones parece que de ella esta-

ba pendiente su destino.

— Oh! Es una acción indigna!... exclamó
medio entre dientes... Pero; y si por va-
no y pueril escrúpulo labro' la des-
gracia de tantas personas!... la! valor!

Y segunda vez con animo resuel-
to fué hasta la puerta y salió del
39 aposento.

Como ignoraba el orden y la dis-
 posicion de aquella casa, y que
 no se recatase de las gentes, anduvo
 algun tiempo perdida por las habi-
 taciones, pero la casualidad la lle-
 vó a un gabinete con puertitas crista-
 les cubiertas con cortinas desde el
 40 cual oyo la voz de su hermana

y de Don Rafael.

Este era el termino de sus deseos
 y con oido atento, con profundo sobre-
 salto, sentandose en una silla que
 estaba al lado de un bufete, por
 que su debilidad y entremecimiento
 no le permitian fortenerse, esen-
 41 cho en mal hora el siguiente

dialogo:

145/3/1, 371

— La veis, Señora satisfechos estan
nuestros deseos, la salud de Juana me
jora de dia en dia: sin delirios han
terminado... Esta situacion es violenta
para mi y llevando conmigo
la esperanza de que mi tormento
42 no durara mucho tiempo,

145/3/1, 372

debo alejarme de un sitio a donde
he traído el dolor y la desgracia
— No, no, generoso amigo: dos ve
ces habéis salvado la vida de mi her
mana, y otras tantas habéis salva
do la mia; es preciso ya que el sa
crificio sea completo; de que sirve
43 que solo por obedecerme, solo por

seguir los consejos del doctor, hayan
 acariciado al afecto de Susana,
 si ella, que os ha llegado a cobrar una
 amor inmenso; si ella, que cree tan
 honda pasión correspondida, se
 encuentra ahora sola, abandona
 da; si conoce al fin que todos vues
 tros halagos son hijos de un sacrificio

heroico, de la compasión en fin, y
 no de un corazón enamorado?
 ¡ay! los sacrificios siempre perdidos cuan
 do no se hacen por entera! Ya os lo
 digo y os lo repito: mi amor, todo
 el amor que cabe en un al
 ma puede resignarse, será vues
 tro eternamente, si sois el esposo

de sinovias.

145/3/1, 375

Imposi He parece que el
lenguage de chuita pudiese ser mas
proprio, mas adecuado, mas escogi-
do para herir en el fondo de las
coraron a tu pobre hermana, qe
no habia perdido una sola sílaba
46 de frases tan desgarradoras.

145/3/1, 376

— Señora, que tormento tambar
bans es el mio cuando conorco toda
la sublimidad, todo el puro y ce-
lestial amor que encierra tanto
voca resignacion. amandovs por
lo mismo; fino como soy digna
de ser amada, que eso es negado
47 a' todo mortal, a' lo menos con

todo el fuego de que mi pecho
es capaz!

Amara se mordió entonces los
labios ahogando en su pecho un
hondo gemido que del ~~ter~~ corazón
se le escapaba. Conoció que la vi-
ta se le turbaba y tomando una
pluma se puso á escribir sin de

jar de enunciar aquel diálogo ter-
rible.

— Pero, vos, vos que tanto me amáis,
por qué no Rafael, podéis llegar á
verme en brazos de otra mujer
colmada de tus caricias, recibien-
do tus favores, tu ternura...

49 — Nunca, no: al corazón pedile

sacrificios; pero no le clareo un
 journal diciendole que viva. Voy
 a hablar de mis proyectos: escuchad
 me. La religion catolica y la pro-
 testante no se diferencian esen-
 cialmente: algun artículo de dogma...
 alguna forma exterior en el culto...
 50 y nada mas. La religion catolica

tiene siempre una ventaja para las
 personas que sufren y que padecen...
 tiene los claustros poblados en la pa-
 tria, segun vos dijieris de amantes
 de denodados... los claustros, amigos mis,
 son una especie de suicidio moral
 que puede evitarse provechosamente
 51 el suicidio material y sangriento qd.

muestra ~~nauseas~~ ceguedas ó muestra
cobardía nos hace creer muchas veces lo
muy inevitable...

— ¡Aha! ¡Aha! ¿a donde vais á parar?
— ¿No me entendéis? Yo abrazaré una
religion que es la vuestra, una reli-
gion que puede convertirse en un senti-
miento dulce, melancólico y tierno,
ó un afecto volcanico, de desesperacion

y de muerte... He á vuestra bellay
inspirada Lyrica, cuando un laró eter-
no asegure la felicidad de ~~mi~~ ^{mi} ~~que~~
vida hermana... He á sepultarme
en uno de aquellas claustrós góticas,
cuyas derruidas bóvedas tan enarmo-
nia estarán con mi corazón calco-
nido por el pesar.

Jamás sabreis el sitio de mi retiro,
pero os lo juro, ni en un solo instante
os apartareis de mi memoria, vos
Rafael, y mi dulce Juana; ni
en un solo instante dejarán de
murmurar vuestros amados nombres
en mis plegarias....!

84

— ¿Debe vuestra hermana enlazar su corazón

con el corazón que tan solo magníficamente res-
ponde a sus apasionados acentos?

— Es que ese corazón es cristiano! ese corazón no es
vulgar, no es incapaz de generosos sacrificios...

Ese corazón los ha hecho hasta hoy de todo género y
acordándose luego de su infeliz tía, llegará con ayu-
da del cielo a sofocar aquella impetuosa pasión
y viendo todos los días crecer la de su esposa, tan digna

85

na de ser adorada por su hermosura como por

sus virtudes, llegará por fin á amada como
 merece, sabiendo que desde el claustró... ó
 vivirá desde los cielos ha de favorecer á Ana, aque-
 lla Ana, por quien siempre conservará un amor
 de padre un amor de patria, de familia, un
 amor... el mismo amor que conservan por to-
 da una eternidad cuando se reúnan allá arriba
 los infortunados amantes

56

Aun no era al promunciar esta publi-

cas palabras un ser humano: era el ángel
 de la resignación que se sienta sobre la
 tumba de un hijo malogrado y con su laúd
 de ébano resplandeciente, canta á la madre
 cristiana el himno de la resurrección de la carne.

Rafael cayo éptático á ^{fatigado} ~~fatigado~~ pies.

— ¿Y no ha de ser una la mujer mas pura
 mas grande mas sublime de la tierra? ¿
 y he de ser en cambio esposo de la que no

Amo aunque la respeto y admiro, de la mujer a quien adora mi amigo, el único amigo de mi infancia!

— Basta; no borreis con una debilidad toda una vida de sacrificios generosos: hoy mismo conocerá vuestro amigo los secretos que hasta ahora prudentemente le hemos oculto. Creedme; en vez de enojarse admirará vuestra resolución, os agradecerá que le evitéis una declaración

en la cual su orgullo naturalmente se resistiría.

— Basta, pues, hemos hablado por última vez de nuestros amores... ¡Adios!

En aquel momento se oyó un ruido extraño, en el gabinete lateral, como si un mueble pesado hubiese venido al suelo; entraron los dos amantes y se tropearon con el cuerpo expanime, inmovil de Juana, tendida

por el suelo con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos eternamente cerrados a la luz.

Sobre el ~~fant~~ bufete y al lado de una escribanía se veía ~~este~~^{un} papel con estos renglones, trazados por una mano trémula:

60 "Ana, querida hermana mía, eres un tesoro de virtud, de ternura y de bondad. Mi existencia es obstáculo para la felicidad de las dos personas

que más amaba en este mundo. Te dejo todo cuanto poseo y llevo a la tumba el consuelo de que tu suerte será feliz unida al hombre a quien adoras y que tan digno es de tu cariño. Felices los que pueden resignarse como tú... a mí me faltan las fuerzas físicas para este acto de valor... nuestras palabras me matan... a Dios... hermana mía... Rafael... mucho os amaba... a Dios..."

Ismaña fué trasportada al lecho en bra-
 zos de su hermana, de su amigo y de
 el mismo el tanton que acudio a los gritos
 desesperados de la infeliz suita

Al poco rato entraron el doctor
 Hoffman y lord Woodstock y declaras-
 el primero que una hemorragia de
 62 sangre producida por el golpe le

habia privado repentinamente de
 la vida.

Capítulo VIII.

Epilogo

En una de las noches mas lobregas del marzo del
año de 1835 se notaba en la plaza de Iruya gran ne-
cida entonces por las tropas leales, grande acti-
vidad y movimiento. Los vecinos del pueblo
permanecian sin embargo quietos y tran-
quilos

quilamente en su regalado lecho, desde
el cual escuchaban el no interrumpido el
trueno, que al subir y bajar cien veces las
escaleras de la casa, formaban unas ferra-
das y anchurosas plantas, que mas que
pisadas humanas parecian golpes de ma-
nos de ciclopes. Mezclabase despues a este
estrepito otro menos profundo pero mas

agudo, incómodo y penetrante, producido por los sabres trunidos en vainas de hierro que con bárbaros placer de faja arrastrar una soldadesca, andar de mal humor y peor talante, que a media noche se levantaba, dejando las calientes mantas de alojamiento para lavarse a la intemperie, haciendo

ciendo las tinieblas oscurecidas entonces de rígidos copos de abundante nieve. Las imprecaciones y blasfemias completaron luego aquel trío infernal, que poco a poco fué perdiéndose entre los mugidos del viento y los relinchos de los caballos. Los honrados vecinos de la villa sacaron luego su cabera de en

tre las sabanas, y oyendo á lo lejos
 el murmullo de la tropa que se ab-
 jaba y los silvos del viento que cada-
 vez bramaba con mas ~~fuerza~~ furia
 dando una media vuelta en un mulli-
 das camas, se entregaron por se-
 gunda vez en brazos de Morfeo, arrulla-
 dos por los blandos halagos del egoismo

Debia verificarse aquella terrible
 noche una de las muchas incu-
 siones, que el ejército español solia ha-
 cer en pais enemigo, combiniéndose pa-
 ra estos golpes de mano con las tropas
 acantonadas en alguna de las guarinio-
 nes inmediatas, y valiéndose con
 frecuencia de los cuerpos franco de

algunos partidarios, que como practicos en el pan iban siempre en la vanguardia, descubriendo Terreno. Los planes mas bien meditados, las empresas mas arrojadas solian con frecuencia malograrse, sea porque la decision del pais proporcionaba a los enemigos rápidas y seguras confian-

cias, sea que al verificarse estas sorpresas no se guardase todo el silencio, toda la actividad indispensables.

Con todo, lo que se intentaba aquella terrible noche tuvo un éxito feliz: las tropas de la Reina se apoderaron antes del amanecer del pueblo de Estracun y de un peloton de

castitas, que en él roncaban los
 Ciudadanos, y la soldaderca asre-
 da, muerta de frío, cubierta de
 nieve y calada de agua hasta
 los tuétanos formo grandes hogue-
 ras con los primeros combustibles que
 le vinieron a las manos, prefiriendo
 9 sin embargo los muebles a la leña

verde por la sencilla razón de
 que ardía mejor. Esto por lo tocan-
 te a la parte exterior. Por dentro
 cuidaron tambien de recobrar el
 calor vital despatchando cada uno
 sendos envasillos de aguardiente, que
 no les costaba mas trabajo que el de
 10 trasportarlo de las caras a sus estóma-

gos.

Los que con mas ardor verificaban este trasego eran los partidarios sueltos y particularmente una que tenia por segundo capitán a un inglés de formidable talla y fea catadura. Por dar ejemplo en todo a 11 sus soldados, así como fue el primero

en lanzarse dentro del pueblo, nadie tampoco iba adentro delante de él en se fustar bandos vasos de aguardiente en tre pecho y espalda.

Como todo tiene fin en este mundo, y mucho mas el vino y los licores entre soldados y entre pueblos de la montaña, la partida franca, cuyo segundo

començó á 145/3/1,405
capitan era el ingles echár de me-
nos el aguardiente
— Venga aquí la bota, Alvaranegra que
me unen de sed!

— Pues si tienes sed, etampaire, alí cer-
ca está el Bivaroa, porque lo que es
la bota... mitala ya per can per
13 — ¡Cuerpo de mi futura abuela! ¡pues

145/3/1,406
tan lejos está la bodega? Tan caro lle-
va el tabernero que no tengamos con
que pagarle?

— ¡Buen pueblo de pesca para bodegas,
vete y búcala! Lo que es la despesa
del tío Biscocho, que es el garridero
mas rico del lugar, ya se ha queda-
do de per istam.

14

145/3/1 407

— Por vida del diablo, yo sacaré vino
ó aguardiente am que sea de la des
pensa de Satanás.

— Pues esos picares rayrias no me han
de tener mas aguardiente que este,
que no nos ha llegado para enfiagar
la boca?

15 — Como no tengan los frailes que están

en ese convento....

145/3/1 408

— ¡Voto va a' cribas! ¿pues, ¿quien mejor
que los frailes han de tener regala
do mosto?

— ¡Chicos! y lo tendran de aquel van
cio de las vinageras!...

— A catarlo, a' catarlo.

16 — Vino de la iglesia, vino de la iglesia.

— ¡Que están diciendo, almas de car-
taro! si ese no es convento de frai-
les.

— Pues, ¿de qué ha' de ser?

— ¡Toma! de monjas

— A ellas, a ellas, un ataque brusco.

— No dejaremos, voto va' el diablo, de
encontrar buen vino, porque las ma-
17 dres solo tragan, que ya, ya!...

— Encontraremos vino y otras cosas
buenas... ¡muy buenas!

— A las monjas, a las monjas! gri-
to aquella chusma, ebria y desen-
frenada, y con su capitán a la cabeza
echando abajo puertas y ventanas, se
precipitaron con sacrilega planta den-
18 tro de aquel sagrado asilo de la virtud.

y de la penitencia

lual llamada de caudidas ovejas
de improviso acometidas por carni-
ceros lobos se apinan temblando en
el mas oscuro rincon del redil, asi
las virgenes del Señor, amedrentadas
con ^{una} tan repentina acometida se agol-
19 paron todas al cor, pidiendo a Dios

la muerte antes de ser victima de
la brutal lascivia de la embriagada
clumsa.

Esta se demandó por aquellos tambrios
claustrales enrapados aun en el suave ara-
ma de la puerera, y penetrando por celdas
y dormitorios, dando terribles alullidos y
20 profiriendo horribles blasfemias, cua-

les nunca habían escuchado aquellos
 ruidos estremecidos, profanaban con sus
 inmundas plantas y lubricas miradas
 los misterios mas recónditos de la
 castidad y inocencia.

Desesperados de no encontrar
 objeto alguno en que saciar sus brutos
 21

los porrones, se reunieron todos fatal-
 mente á la puerta del con que oyo
 viéndoles bastante resistencia era
 peraba mas y mas sus insolentes bríos
 — Fusiles aqui, gritaba el capitán
 con roncó acento, una descarga y haremos
 saltar la cerradura.

22 — ¡cuerpo de tal! y como se resisten

145/3/1, 415
las madres! no parece sino que tie-
nen mucho que guardar.

— A ver, á ver, muchachos, á parte,
apúnten, fuego.... *terruuuu...*!

— Bueno, bueno, ahora un culaturo...
¡ya está!

23 En efecto, la puertita vino al suelo
con estrépito, y las vírgenes del S.

145/3/1, 416
no teniendo ya punto á donde quere-
cerse, cubiertas de negros velos, se arrod-
llaron en el umbral de la puerta de-
mandando piedad de aquellos mons-
truos que iban á precipitarse por
la brecha como un lago al que de re-
pente se levanta la Compuerta que

24 lo aprisiona

— ¡Muetras! ¡ya son muetras! exclamó el capitán, y a mí, como a nuestro jefe, me corresponde elegir.

— ¡la! echad esos velos, escripulos a un lado, vamos cual es mas bonita...

— Si ellos no quieren, nosotros haremos la operacion, exclamaron a un tiempo cien voces.

— Si, si, dijo el formidable capitán, principiare por la que tengo delante, y alargó su mano sacrilega sobre la frente de la abadesa.

— ¡Detente, miserable! exclamó a este tiempo el coronel de muros de la Princesa, que abriéndose paso por medio de aquella turba, llegó!

145/3/1, 419
como el rayo delante del capitán
Cuatro o cinco de sus valientes
soldados le seguían. La turba en
sundecio!

— ¿Quien es Ud. para impedirme ha-
cer lo que me da la gana en pais
enemigo?

27 — Soy su jefe, y le mand que vaya

arrestado.

145/3/1, 420
— Arrestado yo, porque vengo en
busca de los facciosos que se han que-
dado aqui tranqueados?... ¡Vaya! Vaya
que tendria que ver el lance! Con
pañeros lo consentiran?

— ¡Nunca, Nunca! Respondio la tur-
ba: viva la libertad, viva nuestros ca-
28

pitán, añadió la canalla.

— El coronel es un traidor, se ha pas-
sado a los enemigos, no quiere que los
buzquemos, ¡viva la libertad!

— ¡Viva! gritaron todos asertando
contra el pecho del coronel la pun-
ta de sus bayonetas.

29. El bravo huía sin temerle

desembarcándose en table tranquilamen-
te y colocándose delante de la
puerta, dijo con resolución.

— ¿Aver quiente atreve a transpa-
rar el dintel.

» Nadie osó dar un solo paso.

— Soldados, exclamó el bizarro coronel,
aunque conducidos por un jefe in-

digno de vestir el honor español,
 me del ejército español, veo q.
 En nuestros pechos no se había extingui-
 do aun la llama del honor. La libertad no es el desen-
 freno, no es el pillage: la libertad es una cosa santa
 y pura por la cual estoy sufriendo y peleando des-
 de que nací: mirad mi pecho cubierto de heridas,
 mirad mi rostro desfigurado por las cicatrices;
 31 obras son todas ellas del plomo o del hierro de

de los enemigos de la libertad; y ¿queréis que cuando
 tan poca sangre me resta en mis venas, esa
 poca se revuelva ahora contra toda la que ten-
 go derramada en los campos de batalla?

Soldados, vosotros mismos llevaréis preso al in-
 solente é insubordinado oficial que me ha calum-
 niado a la faz del ejército español, después de
 haber estado en él una mancha que no se bor-
 rará sino con su sangre

32 Dijo el coronel y el capitán de cuerpos fran-

los esclamos:

145/3/1,425

— A mi mi valientes! no abandonemos la presa,
sinera el lenguarar que nos la disputa por que
la quiere para si' solo!

— Miera, torio' a' esclamar la veleidora turba,
que privada cai de la varon por los vapores del
vino se movia en pos del que mas anducia ma
nifestaba.

33 Alentado el ingles por sus voces levanto con
Ambas manos su terrible cruzada que cubie

145/3/1,426

ra hendid el craneo del coronel de buares
sieste con un rapido movimiento no se hu
biere puesto en guardia, desviand aquel tremen
do mandoble.

Trabose entonces una lucha encarnizada
entre los dos jefes, y los soldados quedaron con
templandoles como meros espectadores

Chirpeaban de rabia los ojos del gigante
ingles que habia conocido en su contrario

á Don Rafael de Ovalla, el cual se defendía
con magnífico, con una serenidad tratán-
do solo de salvar su vida sin herir á su enemigo.
Pero este exclamó por su mal en idioma inglés.

— ¡Eh! miserable, te conozco, eres mi rival! ¿te
acuerdas de Susana y del lago de Chautauet?

— ¡Eres tú, asesino, eres tú William Bradshaw! Ven
ganza! Venganza! ¡piden la sombra de tu her-

mano y la de Susana!

La furia de Rafael no conocía límites; como
león ~~hambriento~~ hambriento se arrojó sobre su presa, entre
chando, acosándole, hiriéndole por todas partes;
ciego de cólera no veía á los soldados que tenía
en derredor, ni escuchaba las voces de la abadesa
que al oír sus últimas palabras se había levanta-
do y descubriendo su rostro y pidiendo perdón
para el sacrilegio. Este exhorto de sangre y
profiriendo una horrible blasfemia, cayó de un-

tafo que le dio Rafael en el hombro con la espanta
rosa mina de un roble de cien siglos herido por
el rayo.

Don Rafael torno a envainar su acero teniendo
en sangre humeante, y volviéndose a las reli
giasas, que horrorizadas de aquel sangriento
espectáculo esperaban con sobresalto el exite
de una lucha de vida o muerte para ellas,
con voz profundamente respetuosa y con

37

movido pecho, dijo a la Abadesa que otra vez
habia dejado caer el negro y tupido velo:

Señora, perdonaos mi no ha estado en mi previ
sion evitaros el terrible conflicto porque ~~ad~~ aca
bais de parar; perdonaadme siquiera en gracia de
lo poco que he hecho para remediarlo. El con
vento está cercado de tropas subordinadas: esta
gente dejará aquí sus despojos antes de salir
por las puertas. No pido otra recompensa
38 si alguna merece un acto de rigorosa justicia.

cía, sino que no olviden en vuestras oraciones el
 nombre de mi Reina y de mi patria, y el de
 dos personas que existen amándose en este mun-
 do y que anhelan el día de poderse amar en
 el cielo.

— No, no lo olvidaré jamás, respondió sollozando
 la ~~primera~~ Abadesa. La persona de cuyo amor
 no dudais, no os ha olvidado nunca, ni un
 solo instante de su vida, y anhela como

vos el día en que entrambos os reunais a la
 sombra de las alas del Señor

— Cielos, esa voz, esa agitación, esos sollozos, quien
 sois vos, quien sois?

— La madre tua de S.^a Rafael, exclamó triste
 levantando el velo y descubriendo aquel gracioso
 semblante, ora turbado por las ~~las~~ lágrimas y ma-
 cerado por la penitencia.

— Sabéis mi retiro, continúo la huérfana, como
 40 Cien mi ~~mu~~ movida pero será lo mismo

que si lo ignoráseis: os conoreo bien: os he dicho?
 Nuestra reunion debia verificarse alli arriba
 y alli arriba os esperare. Bendigamos a' la D^{ra}
 providencia que os ha enviado para salvarnos, y
 ahora me queda un consuelo mas. El nom-
 bre que en mis plegarias pronuncio ya a'to-
 das horas sera' tambien pronunciado en las
 oraciones de las religiosas de este convento.
 Vuestras acrices, Don Rafael, son como un

randal de balsamo oloroso que por todos los tan-
 ces por donde pasa los deja por mucho tiem-
 po impregnados de su fragancia.

La Abadesa al frente de la comunidad fue
 acompañando a' Rafael hasta la portena del con-
 vento, y despues que los soldados hubieron re-
 tituido lo robado, aquellas puertas volvieron
 a' cerrarse para siempre. Ana y Rafael se
 acababan de ver por ultima vez en la tierra.

El cadáver de William fue enterrado en las
cercanías del Convento

Aquella noche al retirarse Don Rafael a
Liverpool recibió carta de su amigo el Lord Wood,
en la que desde Londres le participaba el naci-
miento de su segundo hijo, anunciándole
que cada vez era mas feliz y amaba mas
tiernamente a su esposa la hija del Dr

42 que Schiffields

Rafael le contestó repitiéndole la summa del dolor
de Iriscun, teniendo que suspender muchas veces la carta,
que no le permitían continuar escribiendo las lagrimas que se
agotaban en sus ojos.

Fin